

VR **vida religiosa**

Mayo 2021-número 5 vol.131



Conversaciones pascuales

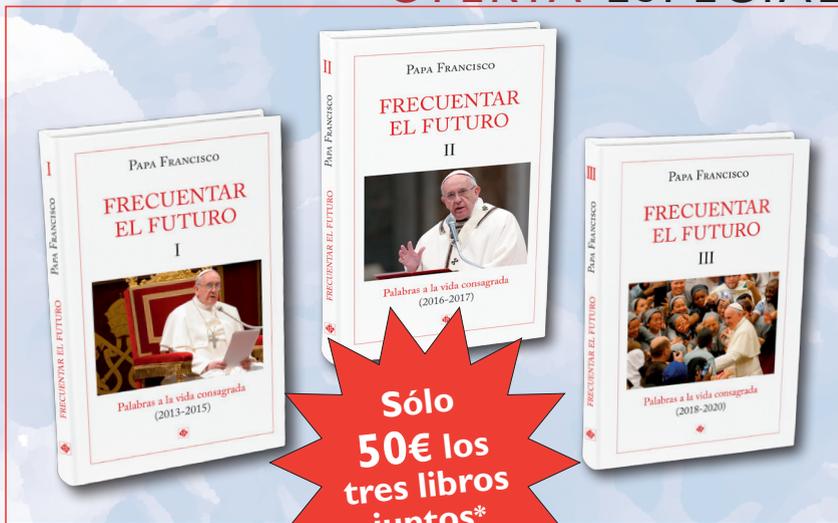
**Nuria Calduch Benages,
Secretaria de la Pontificia C. Bíblica**

**Vida consagrada "en modo pandemia".
Efectos positivos**

NOVEDADES

OFERTA ESPECIAL

DISCURSOS
ALOCUCIONES
MENSAJES
HOMILÍAS
ESCRITOS
ENTREVISTAS
DOCUMENTOS



(* Sólo para pedidos directos a la editorial)

Frecuentar el futuro es una importante y actual obra de referencia y consulta imprescindible en las bibliotecas de las comunidades religiosas. Sus índices temáticos facilitan la búsqueda de las palabras e ideas que el papa Francisco desarrolla en su Magisterio.

FRECUENTAR EL FUTURO I
Palabras a la vida consagrada (2013-2015)
PAPA FRANCISCO. Páginas 400. p.v.p.: 22 euros (en librerías)

FRECUENTAR EL FUTURO II
Palabras a la vida consagrada (2016-2017)
PAPA FRANCISCO. Páginas 376. p.v.p.: 22 euros (en librerías)

FRECUENTAR EL FUTURO III
Palabras a la vida consagrada (2018-2020)
PAPA FRANCISCO. Páginas 464. p.v.p.: 22 euros (en librerías)

CARACTERÍSTICAS

Tamaño: 14 x 21.
Encuadernación: Cartoné.
Índices **cronológicos**.
Índices **temáticos**.
Papel de calidad.
Más de 1200 páginas
EN 3 VOLÚMENES*
*4º volumen con los escritos a partir de 2021, (en preparación)



Publicaciones Claretianas
Juan Álvarez Mendizábal, 65, duplo. 3º - 28008 Madrid - Tlf. 915 401 267
Fax: 915 400 066 - publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

EDITORIAL



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

Conversaciones pascuales

Nada resulta tan emocionante como los diálogos de Jesús con sus discípulos y discípulas. En esas conversaciones descubrimos la normalidad de la vida que se hace Reino; el compartir como criterio; la solidaridad como visión; la creación como hogar y cada jornada —íntegra— como tiempo del Padre. El pan partido y repartido, conecta con el abrazo, la misericordia y el perdón; las advertencias con las felicitaciones; la mesa compartida con el altar; el silencio con el júbilo; el sacerdocio con el sacrificio de «una vez para siempre». Como los consagrados somos particularmente organizados, para nosotros este «desorden de Jesús y los suyos» necesita un noviciado con rigor. Tan claro como que ahora lo difícil es desmantelar los compartimentos

estancos en los que hemos ordenado nuestra existencia. El idioma de la reorganización no es que no se entienda o que no se vea... es que provoca fatiga antes de empezar porque vamos intuyendo la magnitud de lo que supone. Reorganizar es un verbo de Pascua. Es la «vida al revés». Como si lo hasta ahora poco importante, en este momento, se convirtiera en relevante y lo que era crucial en optativo. El cambio es drástico. Si hablamos de disponibilidad, por ejemplo, nuestro contexto ha de contemplar infinidad de variables: Disponibles, ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Con qué consecuencias? La conversación pascual tiene un componente estético que moviliza la emoción. Se trata del contraste entre la sombra y la luz. Lo que creíamos y esperábamos y

lo que sucedió y nos sorprendió. A esta segunda parte se llega únicamente por la fe. De lo contrario solo vemos fracaso. «Nosotros esperábamos...» decían, sin disimular el disgusto, los caminantes de Emaús. Es muy probable que nuestras conversaciones pascuales o charlas en el camino (de la vida) se parezcan mucho a esa: «nosotros esperábamos... y, sin embargo, aquí estamos recomponiendo». En verdad en la vida consagrada esperábamos muchas cosas, pero esperábamos desde nuestra fuerza y nuestros cálculos. Creíamos que el carisma era una «marca de éxito» y ¡mira hoy cuántos somos y cómo estamos los que somos! Nos sorprendió la Pascua cuando habíamos construido una historia fuerte, llena de inmuebles y propuestas; de cargos y organi-

gramas; de programaciones e itinerarios... y resulta que la luz del día, el rostro de las personas, la vida de nuestros contemporáneos... nos están diciendo que ya no es seguro que lo de ayer valga, ni que nuestras palabras sanen, ni que nuestras comunidades estén ofreciendo luz o esperanza alguna. Habrá quien diga que no se puede hablar de Pascua a lo loco y, mucho menos, tomar decisiones radicales. Habrá quien proponga ir poco a poco. Incluso aparecerán propuestas «sensatas» que hablen de la gradualidad de la luz pascual, no sea que nos deslumbré.

Así podemos llegar a convertir la luz en confusión para sentirnos justificados y no hacer nada, porque es «mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer». Podemos seguir poniendo tímidos acentos o gotas de Pascua en vidas sin vida; en relaciones muertas; en expectativas clericales; en conversaciones de consumo; en visceralidades ideológicas... Podemos seguir siendo «clérigos de estado» que organicen y digan hasta dónde permiten que asome la Pascua... Pero mientras sea medida o tasada, no posibilitará el Reino, la visión, la «comensalidad» plena, la

reconciliación, el cambio, la reorganización.

Definitivamente nuestras conversaciones pascuales nos delatan. Muchas se afanan en pura apariencia donde todo se habla para que nada cambie. Son, en este sentido, muy de aquí y de ahora y no porque estemos ofreciendo un entrañable amor al mundo, sino porque sabemos hablar de los pobres como tema, del «olor a oveja» como eslogan y de la pandemia como contexto... El problema no es de qué sabemos hablar, sino si estamos dispuestos a vivir en Pascua. El problema real es si ya no podemos cambiar.

Nuestra portada

Es una conversación. Una de tantas que aparecen en nuestra vida diaria para organizar lo que ofrecemos o celebramos.

La vida y misión de los consagrados está llena de palabras: se dan, se escuchan y se espera que animen un nuevo caminar en sinodalidad y sinergia. Ese es el deseo. Es la buena súplica pascual. Que las palabras del camino se transformen en un impulso comunitario para compartir la alegría del Evangelio. De lo contrario, los diálogos solo son monólogos que van y vienen, agrandan la soledad y la desconexión con el mundo al que queremos servir.

Volumen 131. N° 5 Mayo 2021



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

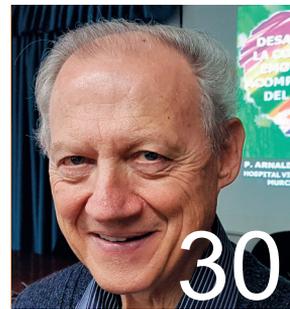
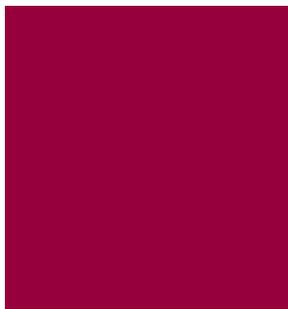
Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - Fax: 915 400 066 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 62 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 93 euros ó 101\$ USD.

Otras naciones: 66 euros ó 71\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



- 04** En camino,
Alberto Ares
- 05** Mirada con lupa: Nuria Calduch Benages,
Secretaria de la Pontificia Comisión Bíblica
Luis A. Gonzalo
- 09** Pentecostés 2021. Una cita especial
para la vida consagrada, Antonio Bellella
- 14** Vida consagrada “en modo pandemia”.
Efectos positivos, José Cristo Rey García
- 20** Hablando en dialecto,
Dolores Aleixandre
- 21** Retiro. Una historia de un amor,
Santiago Agrelo
- 29** Vivir es así de simple,
José Tolentino de Mendonça
- 30** Desafíos pastorales junto a los que sufren,
Arnaldo Pangrazzi
- 39** “La misión de la vida consagrada
frente a los abusos”, Hans Zollner
- 40** Llamada a la santidad, Carmen Herrero
- 47** ¡Hagamos que suceda!,
Daniela Cannavina
- 48** Lectura recomendada,
Francisco Javier Caballero

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: Araceli López-Pastor, M^a Ángeles González, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: Pixabay - Imprime: Din Impresores.



El poder transformador de un abrazo

Alberto Ares

DIRECTOR DEL INSTITUTO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS SOBRE MIGRACIONES Y ADJUNTO A LA COORDINACIÓN DEL SERVICIO JESUITA A MIGRANTES EN ESPAÑA

Dicen que nuestra vida es un viaje que transcurre entre dos abrazos, uno al nacer y otro al morir. Mucho se ha hablado del poder transformador de los abrazos. Quizás en este tiempo de aislamiento se nos ha hecho incluso más patente la importancia de abrazarnos.

Creemos alimentados de abrazos. De hecho, la ciencia nos dice que cuando los bebés no reciben abrazos y cariño, aunque se les mantenga bien alimentados y en buenas condiciones higiénicas, el porcentaje de mortalidad aumenta considerablemente. Así, podemos decir que los abrazos son uno de los alimentos principales que nutren nuestra vida desde la más tierna infancia.

La psicología nos dice que existe una fórmula gratis y alternativa a los suplementos vitamínicos para reforzar el sistema inmunitario. El abra-

zo, además de una muestra de afecto, despierta las conexiones neuronales y provoca que nuestro cuerpo segregue la dopamina, serotonina y oxitocina, hormonas que reducen los niveles de estrés, de dolor y de presión arterial. Abrazar genera estados de bienestar, tranquilidad y confianza.

En algunos casos de bloqueo emocional, no estamos preparados para recibir ni ofrecer abrazos, pues el abrazo nos coloca en una posición de entrega y vulnerabilidad. Pese a esto, los abrazos son también una buena terapia para superar los procesos traumáticos o la angustia provocada por el aislamiento que vivimos.

En la Biblia el abrazo tiene un lugar privilegiado. *Entre mis brazos* es un libro precioso que recoge algunos de los encuentros más significativos de la Biblia, visualizados a través de un abrazo. ¿Quién no recuerda el poder

transformador del abrazo al Hijo Pródigo?

El abrazo tiene su Día Internacional, instaurado por un estadounidense preocupado por las pocas muestras de afecto que la sociedad realiza en público, especialmente en el ámbito anglosajón. Seguro que a todos nos viene a la mente el movimiento “Abrazos gratis”, que consiste en ofrecer abrazos a desconocidos por el mero hecho de regalar afecto, en un mundo individualista donde muchas veces reinan los prejuicios y la desconfianza. ¿Cuál es el abrazo perfecto? Dicen que lo importante es practicarlo a diario y que en 20 segundos se obtienen los efectos positivos del abrazo al completo. Sean 20 segundos o un instante, este tiempo que vivimos nos hace caer más en la cuenta del poder transformador de los abrazos. Esos abrazos que generan esperanza y nos devuelven al camino.

MIRADA CON LUPA



ENTREVISTA

La mujer es un potencial que ha sido silenciado durante siglos en la sociedad y la Iglesia

Nuria Calduch Benages, mn.
Secretaria de la Pontificia Comisión Bíblica

Luis A. Gonzalo Díez, cmf
Director VR

¿Cómo vive Nuria Calduch el clima creciente de reivindicación del papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia?

Con mucho interés y esperanza en el futuro, me refiero al futuro próximo. Las mujeres son un potencial que ha

seguiré aportando mi granito de arena, teniendo siempre en mente el legado que dejaremos a las futuras generaciones.

Usted es una profesora de Sagrada Escritura de reconocido prestigio. Reciente-

por sí hoy día tiene fuerza), pero yo puntualizo que es la primera vez que una biblista liderará la Pontificia Comisión Bíblica, porque si algo es cierto, es que no me han nombrado por mi identidad de género. Aprovecho para decir que en el año 2014



sido silenciado, desaprovechado y desprestigiado durante siglos tanto en la sociedad como en la Iglesia. Afortunadamente el cambio no está por llegar, sino que ya ha llegado y está dando sus frutos para el bien de la humanidad. Por mi parte,

mente ha sido nombrada secretaria de la Pontificia Comisión Bíblica. ¿Todavía la fuerza de la noticia reside en que es mujer?

Los medios de comunicación subrayan que es la primera vez que una mujer accede a este cargo (y eso de

fuiamos nombradas las tres primeras biblistas como miembros de la comisión; en el 2021 somos cinco y espero que dentro de algunos años se alcance la paridad.

Para una profesora como Usted no es difícil el cono-

cimiento de los nuevos y nuevas especializados en Teología ¿Hay una evolución clara en la visión complementaria de los géneros en la Iglesia? ¿Avanzamos?

A la Iglesia no le gustan los cambios, parece que la incomodan, que la ponen nerviosa. Y, en cambio, sin cambio (valga la redundancia) no se avanza. Y eso también lo sabe la Iglesia. Por eso, en ella se avanza, pero muy lentamente, y sobre todo cuando están en juego las cuestiones relativas al género. Ahora bien, el problema no reside tanto en la diferencia entre varones y mujeres sino en identificar esta diferencia con determinados servicios y cargos, y

en la jerarquización de los mismos. La Iglesia tiene que escuchar a las mujeres, contar con ellas, aprender de

En la Iglesia se avanza muy lentamente cuando está en juego lo relativo al género

ellas y establecer un diálogo paritario y constructivo.

María es, sin duda, el paradigma de la mujer al servicio del Reino... ¿por qué?

Precisamente porque vivió al servicio del Reino y no del poder como tantos otros personajes bíblicos (y de nuestro mundo). Amando a Dios y a los que la rodea-

ban, María se dedicó completamente a la obra de salvación de su Hijo. Y cuando no conseguía entender algo, en lugar de desesperrarse o ignorarlo, lo conservaba en el corazón esperando el momento oportuno. Día tras día recordaba palabras, hechos, experiencias, sentimientos, intentando penetrar el enigma de su Hijo Jesús.

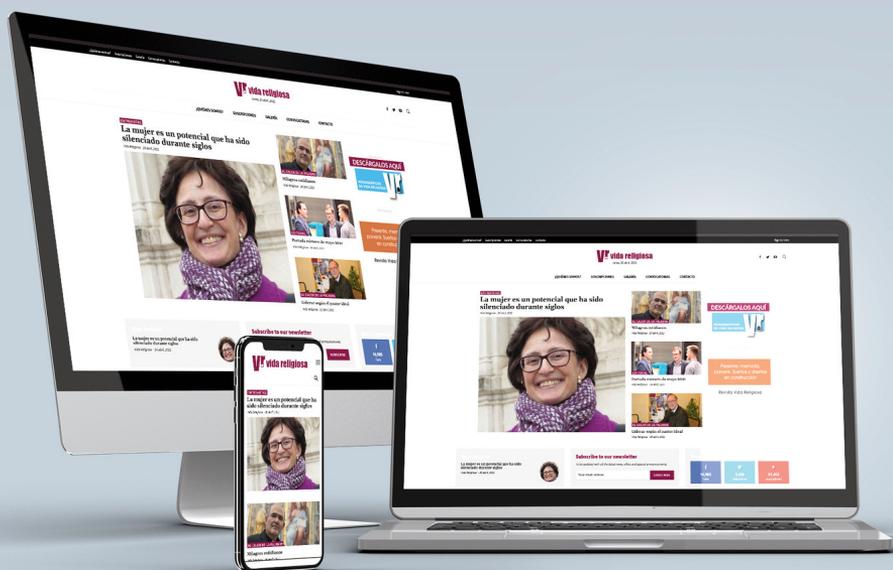
Finalmente, ¿qué personaje bíblico femenino puede sorprendernos por su actualidad en nuestro tiempo? ¿por qué?

Probablemente Doña Sabiduría, es decir, la personificación de la Sabiduría. Esa misteriosa figura que no encaja en ningún esquema ni definición, pero que está presente en varios textos bíblicos. Es una figura femenina, con voz propia, estilo pedagógico y mensaje profético que anima a todos, especialmente a los jóvenes, a seguir la vía que conduce a la vida. Mediadora entre Dios y la humanidad, la Sabiduría en mayúscula puede ser un punto de referencia para nuestro mundo actual azotado por una pandemia de época y un mar de dudas sobre el sentido de la vida y la muerte. **IV**



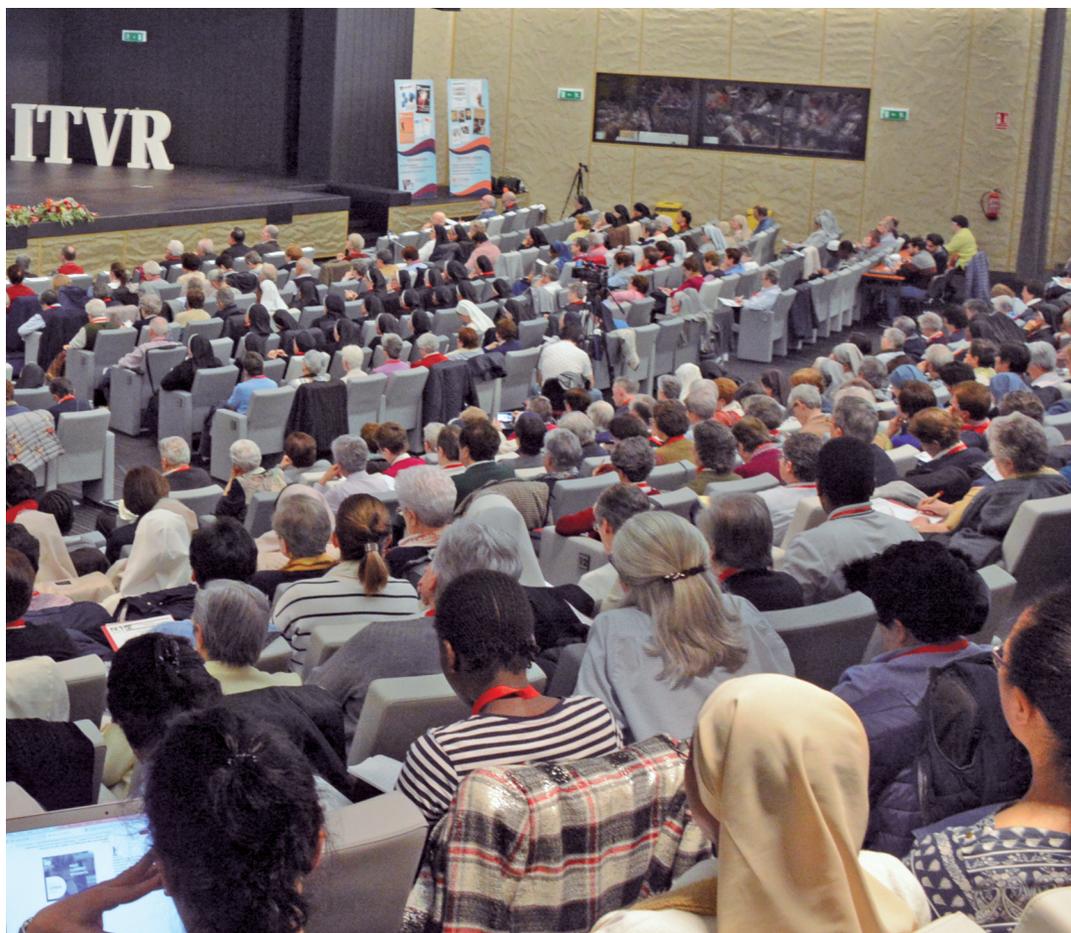
VR vida religiosa

MUY PRONTO EN TODOS TUS DISPOSITIVOS



NUEVO DISEÑO Y ACCESO PREMIUM A TODOS LOS CONTENIDOS EN VIDARELIGIOSA.ES

A partir del número de julio-septiembre, todos los suscriptores de la revista en papel podrán acceder a los mismos contenidos desde la web. Próximamente comenzarán a recibir sus datos de acceso.



Pentecostés 2021 Una cita especial para la vida consagrada

50ª Semana Nacional para los Institutos de Vida Consagrada

Antonio Bellella Cardiel, cmf
Director del ITVR - ERA

La Semana Nacional para los Institutos de Vida Consagrada, que anualmente convoca el Instituto Teológico de Vida Religiosa de Madrid, se celebra este año entre los días 17 y 22 de mayo: en las jornadas que preceden a la Pascua de Pentecostés. El núcleo de la reflexión recupera el tema que en el 2020 no pudo desarrollarse: *Consagrados para la vida del mundo. La Vida Consagrada en la sociedad actual*. ¡Es una cuestión acuciante! La difícil circunstancia que atravesamos ha acentuado la importancia de dejarnos interpelar por la humanidad sufriente. Hoy más que nunca, se necesitan personas consagradas, generosas, capaces de poner y dar vida en medio de tanto dolor. Los interrogantes e inquietudes se multiplican, pues, a las situaciones endémicas de injusticia y necesidad, se ha sumado una pandemia que lacera la piel y el corazón de nuestra gente. Una vez más, la dura realidad nos obliga a salir de un cierto letargo, invitándonos a escuchar de nuevo la llamada a ser testimonio vivo de Cristo.

UNA CONVOCATORIA EXCEPCIONAL

La Covid-19 ha obligado a cambiar la fecha habitual del encuentro –los días que siguen a la Pascua de Resurrección–; pero, no se ha optado por un momento cualquiera, sino que, por vez primera, se convoca a los consagrados a preparar juntos la Solemnidad de Pentecostés. ¡La 50ª Semana de Vida Consagrada será un *kairós*, un tiempo del Espíritu! Porque Pentecostés significa el inicio de la Misión, la hora de los carismas, el recuerdo del impulso valiente y creativo de la primera comunidad cristiana,

la toma de conciencia de la universalidad de la Iglesia y la evocación de nuestra identidad espiritual. En realidad, Pentecostés se realiza día a día en toda comunidad que, fiel a su carisma y misión, se empeña en seguir más de cerca a Jesucristo y en anunciar su Evangelio aquí y ahora.

UN MOMENTO CONMEMORATIVO Y UNA MODALIDAD NUEVA

2021 es un año muy especial para nuestro Instituto: el de su cincuentenario. Desde 1971, nuestro pequeño centro de Teología está al servicio de la vida consagrada: comprometido seriamente con la reflexión teológica sobre nuestro ser y estar en la Iglesia, así como con la animación y el acompañamiento de las comunidades, y la transformación institucional de las congregaciones.

Fieles a estos objetivos, desde hace 50 años, las Semanas de Vida Consagrada han aglutinado las inquietudes que latían en el corazón de los consagrados, midiendo su pulso y alentando su latido. Además, han querido ser el impulso de la mente y ayudar a aquilatar los conceptos, ofreciendo respuestas y claves hermenéuticas que ayudaran a las comunidades a responder a los numerosos interrogantes planteados en el postconcilio.

Basta echar una ojeada a la colección de los casi 50 libros que recogen la reflexión de estos años, para constatar que, en conjunto, las ponencias de la Semana han

ofrecido una visión; es decir, una iluminación bíblico-teológica-pastoral fundamentada, abierta, proactiva, audaz y bien situada en nuestra realidad. Por estos motivos, este cincuenta aniversario no solo quiere ser un

Pentecostés significa el inicio de la Misión, la hora de los carismas

momento de memoria agradecida, sino una ocasión de relanzamiento.

Esta conmemoración merecería un encuentro alegre y festivo, apto para convivir, vernos las caras, comunicar inquietudes y esperanzas, felicitarnos personalmente. Por desgracia, aún no es posible reunirse para compartir la experiencia formativa inigualable, que siempre ha sido la Semana Nacional para los Institutos de Vida Consagrada. Excepcionalmente, también en esto, se impone la modalidad *online*. Pese a sus innegables inconvenientes, la transmisión *online* otorgará a nuestro encuentro un carácter universal, al posibilitar la presencia simultánea, en tiempo real, de hombres y mujeres consagradas de muchas culturas y naciones. Internet nos brinda la oportunidad única de unirnos en una gran comunidad de comunidades: un aula virtual internacional de consagrados que comparten la plegaria y la reflexión. Por primera vez,

las comunidades al completo se harán presentes en la Semana; por primera vez, los ancianos y enfermos podrán seguir las conferencias, sin salir de casa.

UN TEMA QUE INSPIRA Y PROVOCA

El tema de las jornadas para la Vida Consagrada de este año tiene un punto de provocación. Afirmar que somos «consagrados para la vida del mundo» implica subrayar una serie de propuestas interpelantes. Enumeremos algunas. Se trata de recordar que seguimos a Jesucristo, que vino a dar vida y a darla en abundancia (Jn 10,10); de poner en el centro nuestra misión; de proponer que miremos más a nuestro alrededor y menos a nuestros propios problemas, como enseñaron las fundadoras y fundadores. Es una invitación a salir de nuestro ámbito de seguridades, abriendo la mente y el corazón. En definitiva, es cuestión de no perderse en palabras y ponerse manos a la obra.



Semana Nacional de VR 1976.
En la fotografía: J. M^a Tillard, Pedro Arrupe y Aquilino Bocos

No es necesario repetir que ser consagrados aquí y ahora no es fácil; nuestro presente es complejo y la situación que atravesamos no es óptima. Por ello la pregunta surge espontánea: ¿tenemos aún algo que aportar a la sociedad actual o, más bien, habría llegado la hora de un repliegue vital y operativo? Sin embargo, a pesar de las crecientes limitaciones que experimentamos y de

arrastrar las heridas provocadas por una grave crisis de relevancia, las personas consagradas no hemos dejado de ser una referencia respetada en la sociedad. De hecho, a diario afrontamos retos e intentamos dar una respuesta inspirada en el Evangelio.

Prueba de ello son nuestros planes de acción y nuestra tarea personal, institucional y corporativa, que no son sino una expresión del deseo de poner espíritu, aliento de vida, en una realidad desafiante. En medio de todo, las comunidades de consagrados seguimos apostando por la vida; ocupándonos de y preocupándonos por los migrantes y los más necesitados entre nosotros; comprometiéndonos en el respeto y la construcción de la «casa común»; asumiendo el compromiso a favor de una fraternidad basada en el Evangelio; insistiendo en la necesidad de humanizar la salud y ser presencia consoladora en medio del dolor; ofreciendo una educación en valores, inspiradora de un mundo más justo, etc. No cabe duda de que la reducción numérica ha obligado a replantear nuestros modos de presencia, así como a repensar la estrategia de acción, pero en ningún caso ha mermado nuestra voluntad de servir a Dios y ser hermanos de todos.

Mantener este empeño requiere temple espiritual, reflexión y discernimiento, pues

Afrontamos retos e intentamos dar una respuesta inspirada en el Evangelio

la propuesta de actualizar la misión del Señor es ardua. Hemos entendido que no se trata de que seamos héroes, multiplicando actividades y presencias, sino que es cuestión de ser fieles a nuestra vocación, consagración y misión. Para ello, la 50ª Semana nos invita a repensar la relación de nuestra opción de vida con la realidad social y con el resto de las vocaciones

eclesiales. Dicho objetivo es ambicioso y desafiante, pero merece la pena afrontarlo porque el mundo actual sigue necesitando de personas que, desde sus carismas, den prueba del absoluto de Dios.

UN FORO INTERNACIONAL

Contamos con un programa de excepción. Participarán los cardenales João Braz de Aviz, Carlos Osoro, Aquilino Bocos y Cristóbal López. La conferencia de apertura corre a cargo de Mons. Luis Ángel de las Heras. Además, tendrán ponencias José María Vegas, M^a José Castejón Giner, Gonzalo Fernández Sanz y Manuel Arroba Conde.

En los coloquios intervendrán, entre otros, los presidentes de la USG y la UISG, Arturo Sosa y Jolanta Kafka, respectivamente. Desde América, escucharemos las voces de Lilianna Franco y Teresa Maya. Daremos también la palabra a los pequeños grupos de Iglesia, a los Institutos seculares y a las nuevas formas de vida consagrada. Dejaremos resonar las voces de los migrantes y de cuantos trabajan por crear una nueva sociedad. Miraremos con ojos nuevos las tres tareas tradicionales de los consagrados: predicar, enseñar y curar. Oraremos a diario con Ain Karem. Concluiré con la invitación a dejar resonar la voz de nuestra alma profética. 

**49^a
50^a** SEMANA NACIONAL
PARA INSTITUTOS
DE VIDA CONSAGRADA

17 ~ 22 de mayo de 2021

Consagrados

para la vida del mundo

LA VIDA CONSAGRADA EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Inscripciones

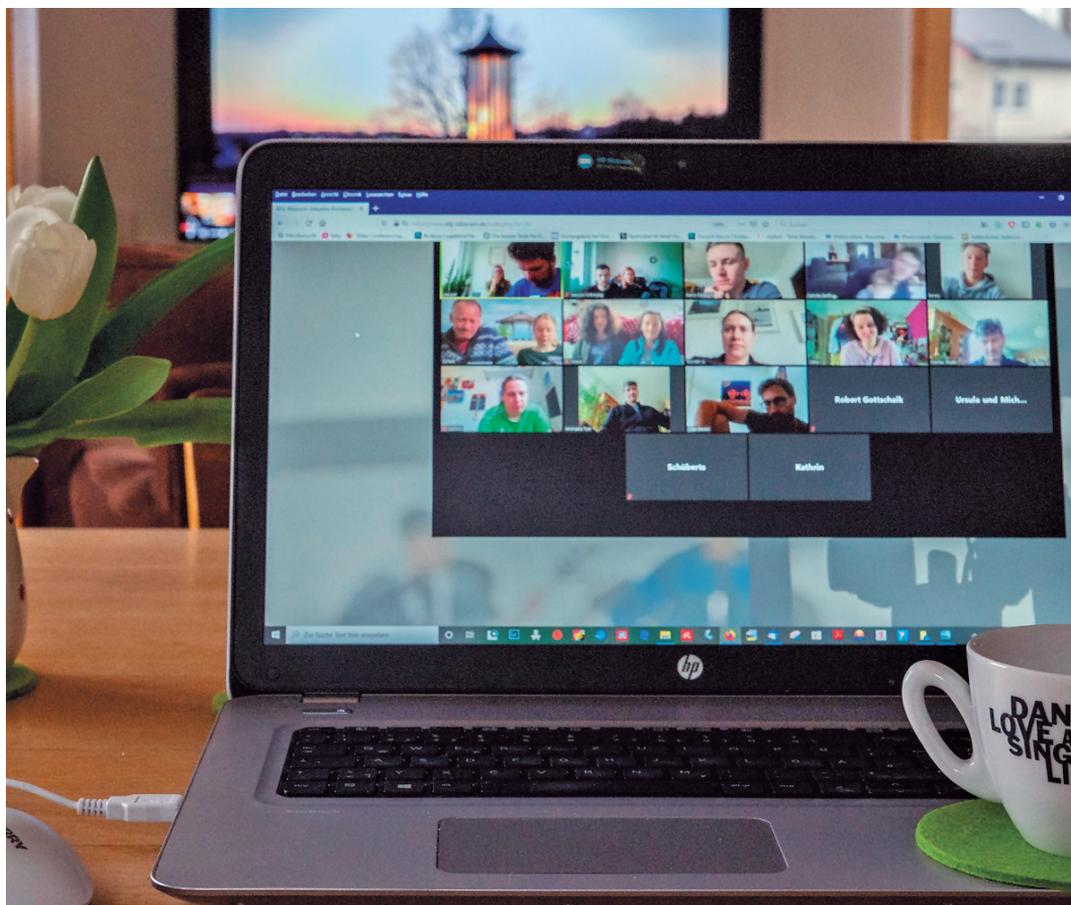
INSTITUTO TEOLÓGICO DE VIDA RELIGIOSA

☎ 915 401 273

✉ secretaria@itvr.org

www.itvr.org





Vida consagrada “en modo pandemia”. Efectos positivos

Reflexión a partir del artículo de Byung-Chul Han
publicado en marzo de 2021 y titulado:
Teletrabajo, “zoom” y depresión

José Cristo Rey García Paredes, cmf
Consejo de dirección de VR

Hasta ahora nunca se nos habría ocurrido hablar de “capítulos generales y provinciales” modo pandemia”... o de cursos de formación, encuentros de diverso tipo “modo pandemia”. Llevamos más de un año. La pandemia nos ha trastocado todos nuestros planes y calendarios. Y en especial ha trastocado las fechas de no pocos capítulos generales y provinciales o de reuniones importantes programadas. Se pensaba, por ejemplo, que lo convocado para el pasado mes de junio, podría celebrarse en octubre... y si no en octubre... en marzo o abril... Ya estamos en abril y todavía nos preguntamos si será posible en Julio o en Agosto...

La pandemia ha trastocado nuestros planes... en lo que al tiempo de nuestras reuniones tan importantes se refiere... es decir, aquellas que requieren presencia física y no basta el encuentro *online*. La participación en los encuentros más importantes y que requieren presencia física congrega a personas de diferentes naciones y continentes. La normativa internacional y los “cierres perimetrales” de naciones y fronteras, lo impiden.

Fijemos nuestra atención en algunas implicaciones y deduzcamos de ellas una consecuencia positiva. Mi reflexión surge después de sentirme inspirado por la lectura de un interesante artículo del filósofo surcoreano Byung-Chul Han –publicado simultáneamente en diversos medios con fecha 21 de marzo de 2021–, titulado *Teletrabajo, ‘zoom’ y depresión*.

EL RETRASO Y LA “DESCOLOCACI3N TEMPORAL”

Lo que parecía intangible desde el punto de vista del derecho, ahora se vuelve neces-

sario. Éramos estrictos en el tiempo de la celebraci3n de nuestros capítulos, en el cumplimiento de lo programado y sus fechas... Cualquier dilaci3n del capítulo o de lo programado requería permisos especiales, en

casos más solemnes, concedidos por la Sede Apost3lica; pues de no hacerlo se caería en situaciones de ilegitimidad.

Ahora, la incertidumbre respecto al

tiempo de la celebraci3n de los capítulos generales o provinciales cunde por doquier. Los gobiernos generales de las congregaciones entran en la fase de “prolongaci3n de sus mandatos *sine die*”. Acostumbrados a funcionar por sexenios, o cuatrienios, o trienios, ahora nos acosa la incertidumbre de no saber “hasta cuándo”. Los planes y proyectos se paralizan. Se vive en un “tiempo de prórroga” que no se sabe cuánto durará... Habitados a las prioridades, plazos, evaluaciones, memorias, ¿qué hacer? Durante ese tiempo de espera, los dinamismos congregacionales se ralentizan e incluso se paralizan. Simplemente se “sobrevive”.

CONSECUENCIAS POSITIVAS

Hemos vivido demasiado tiempo bajo el imperialismo de:

- calendarios,
- plazos de entrega,
- cosas que hacer o que entregar.

Esta situaci3n nos puede ayudar para relativizar el tiempo, las prisas, las fechas de caducidad. No somos nosotros para el tiempo, sino el tiempo para nosotros. El próximo capítulo general, o provincial, la próxima reuni3n, no debería programarse maquinalmente, sino “dejar que la Vida hable” y “a su ritmo”.

LA COMUNICACIÓN SIN COMUNIDAD, O LA TELECOMUNICACIÓN SIN RITUALIDAD

La pandemia nos ha llevado a descubrir la importancia y las posibilidades que ofrece la red de Internet para una comunicación “sin riesgos”. Esto se ha visto favorecido por la disminución de costes: sin costosos desplazamientos, sin abandonar la propia casa o incluso sin salir de la propia habitación.

La pantalla se ha convertido en el espacio de la super-comunicación, de la formación permanente, de las reuniones de gobierno, de espiritualidad. Pero todo ello sin rituales, sin contacto.

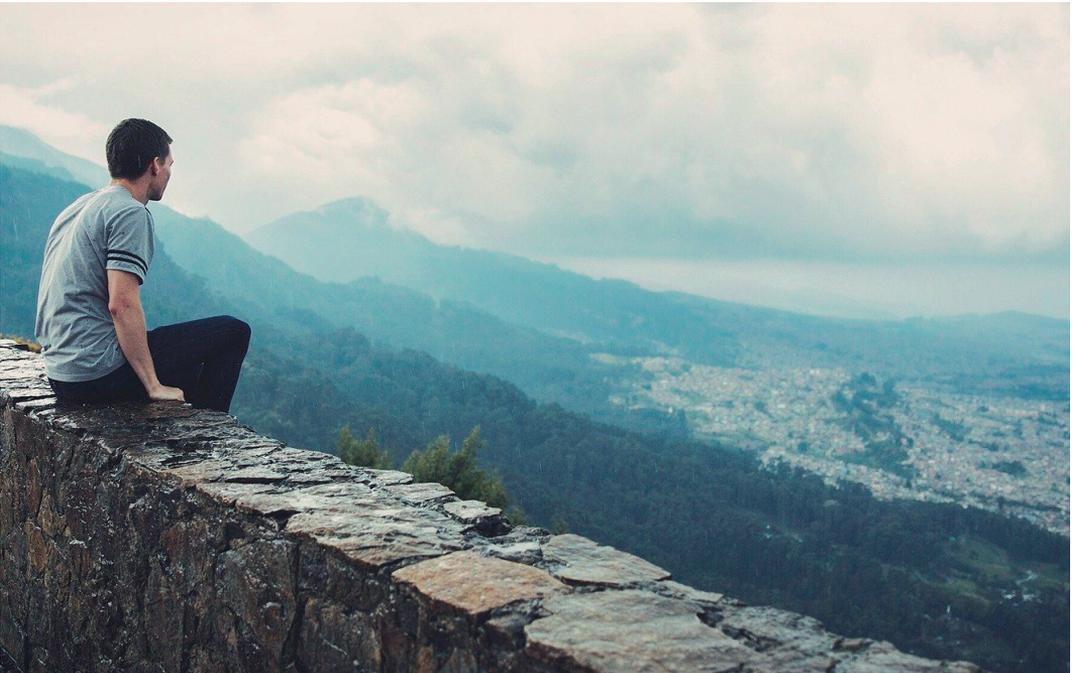
Los rituales generan una comunidad sin comunicación (¡lo importante no es lo que se dice, sino lo que se hace!). Hoy predomina la comunicación sin comunidad (lo importante es lo que se dice, y no es necesario hacer nada especial). Así acontece, hoy no solo el

teletrabajo, sino la teleformación, el telegobierno, la teleconferencia. La oferta se vuelve cada vez más insolente y abrumadora.

CONSECUENCIAS POSITIVAS

Nos damos cuenta así, que los encuentros con presencia física (un capítulo general o provincial, una celebración litúrgica en el mismo espacio. . .) son necesarios, muy necesarios. No basta la comunicación verbal, es necesaria la creación de una comunidad a través de ritos: se crean comunidades a través de “la ritualidad”, en la que los cuerpos humanos actúan, generan espacios simbólicos, desprenden energía carismática y profética.

Más que capítulos o encuentros que resuelven asuntos, problemas, que determinan conductas, que ofrecen leyes o informaciones, necesitamos capítulos-símbolo, iniciadores de una nueva ritualidad, de un nuevo impulso carismático; encuentros de



contacto entre las personas que forman institutos y comunidades. Así surgirán institutos habitables, espacios de felicidad e ilusión al servicio de una humanidad triste y desencantada.

EL SÍNDROME NARCISISTA Y LA DISTANCIA SOCIAL

La pandemia ha favorecido la escenificación constante de nuestro ego. Se nos impone la “distancia social”. Con esa distancia social se destruye lo social; convierte al “otro” en un portador potencial del virus...

Si entre nosotros había distanciamientos... ahora con más razón. ¡Cuestión de vida o muerte! –sin tener que exagerar.

El virus actúa como un amplificador de las crisis de nuestras comunidades: “¡justifica y amplía las separaciones!”.

CONSECUENCIAS POSITIVAS

Los capítulos generales, provinciales, las asambleas y reuniones permiten “acortar distancias” de todo tipo: no solo geográficas, ni solo culturales, también espirituales, también carismáticas. Son una invitación a superar el narcisismo individual o de grupo; así se evitan los encuentros de grupos paralelos, de grupos minoritarios que ejercen poder y exclusión.

EL CANSANCIO

La pandemia está poniendo de relieve los síntomas de las enfermedades que la vida consagrada padecía antes de la pandemia: el individualismo y el cansancio.

Cuando formamos comunidades, no de equipos, sino de individualidades, cada cual

hace lo suyo, protege y reserva su espacio. Cada cual se autoprograma hasta el punto de que “siempre tiene mucho que hacer”.

Nuestra tendencia narcisista nos lleva a “machacarnos a nosotros mismos; a obligarnos a hacer mucho más de lo que podemos”. De este modo tenemos un doble sentimiento: somos, a la vez, el amo y el esclavo; no son los otros quienes nos

explotan, sino nosotros mismos que nos sobrecargamos con pesos insoportables. Y cuando nos llegan otras propuestas, la respuesta a flor de boca es: “... ¡no puedo... no tengo tiempo... estoy muy cansado!” , “mi agenda no da más de sí”...

- Tenemos la convicción de que “quien fracasa lo hace por su culpa”.

- “Nos acusamos a nosotros mismos y no a la sociedad”.

- Somos como “los empresarios de nosotros mismos”.

- El cansancio acompaña nuestra vida como si fuera nuestra propia sombra.

- Nos machacamos para rendir bien y dar buena imagen.

- Nos imponemos tareas y más tareas.

Y lo peor es, que en esta situación de explotación nos creemos libres, porque todo surge de nosotros mismos. Se dice que una de las características del virus es el síndrome de la fatiga. Este síndrome podría expresarse así: “cuando la batería ya no se recarga”.

CONSECUENCIAS POSITIVAS

Un capítulo inteligente debe diagnosticar el porqué de tantos cansancios. Ha de favorecer el trabajo en equipo, consciente de que las grandes obras nunca pertenecen a un úni-

co autor. Una asamblea inteligente propone sueños y diseños que se realizan orquestalmente, en colaboración, “entre todos” y nunca son obra de un único actor o actriz.

Un capítulo para la regeneración del tejido comunitario, para la colaboración y sanador de toda forma de narcisismo se plantea siempre cómo generar ministerios colaborativos.

LA COMUNICACIÓN DIGITAL ES UNA COMUNICACIÓN BASTANTE UNILATERAL

La comunicación digital es bastante reductiva. Ella no transmite con el cuerpo, ni a través de miradas. Es bastante reductiva. La comunicación digital nos cansa y extenua. En una videoconferencia, por motivos puramente técnicos, no podemos mirarnos a los ojos. Clavamos la vista en la pantalla. Puede resultar agotador el hecho de que nos falte la mirada del otro.

CONSECUENCIAS POSITIVAS

¡Ojalá la pandemia nos haga darnos cuenta de que ya la mera presencia corporal del otro tiene algo que nos hace sentir felices! Seamos conscientes de que el lenguaje implica una experiencia corporal; que un diálogo logrado presupone un cuerpo; que somos seres corpóreos.

EL INSTINTO DE SOBREVIVENCIA

Ante la situación de pandemia, lo que más nos preocupa es sobrevivir. Y cuando ante todo se piensa en sobrevivir, el tema de la “calidad de vida” pasa a segundo plano. El sobrevivir sin contagios nos hace sentir como

en un permanente estado de guerra: ¡prolongar la vida a cualquier precio!

Constatamos cómo a nuestro lado, en nuestras comunidades, en nuestras familias, en nuestros grupos de amigos, el virus ha ido haciendo estragos. La lucha por sobrevivir se ha radicalizado. La salud es elevada a objetivo supremo. La salud es la “nueva diosa” como decía Nietzsche.

La supervivencia no basta. Y, por eso, nos podemos preguntar:

- ¿Cuál es nuestra calidad de vida en la vida consagrada, en nuestras comunidades?
- ¿La supervivencia debe sustituir al disfrute de la vida?
- ¿Hemos de sacrificar todo lo que hace que la vida sea digna de ser vivida?
- ¿Hemos de vivir también en nuestros institutos en estado de excepción?

CONSECUENCIAS POSITIVAS

- Capítulos, reuniones, encuentros, para la vida y no la vida para capítulos, reuniones y encuentros.

- Capítulos, reuniones, encuentros para descansar a los cansados y desagobiar a los agobiados (“Venid a mí los que estáis cansados y agobiados...”, dijo Jesús). Capítulos para una nueva ritualidad que genere nuevas comunidades.

- Capítulos, reuniones, encuentros para cambiar nuestra forma de vida, para someter a nuestros institutos a una revisión radical con una forma de vida que nos haga inmunes al virus de los narcisismos, de las críticas permanentes, de la insatisfacción, del cansancio. **LV**

Capítulos para una nueva ritualidad que genere nuevas comunidades



Congreso Virtual Continental de Vida Religiosa

13 a 15 de agosto de 2021

Con la participación de:



*Hna. Teresa
Maya, CCVI*



*P. Luis Alberto
Gonzalo Díez, CMF*



*Hna. Adriana
Milmanda, SSps*

**"HACIA UNA VIDA RELIGIOSA
INTERCONGREGACIONAL INTERCULTURAL E ITINERANTE"**

www.clar.org





Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Normalidad en Galilea

Nada más nombrado y añorado hoy que la *normalidad*. Suspiramos por ella, la recordamos con nostalgia, deseamos su llegada como si estuviéramos en una especie de Adviento, la esperamos como una promesa mesiánica: cuando volvamos a estar en la normalidad, no llevaremos mascarilla, podremos ir y venir a donde queramos, nos reuniremos sin tener en cuenta el aforo, viajaremos sin prohibiciones...

¿Y si desviáramos nuestros deseos en otra dirección? En concreto hacia aquella normalidad nueva que comienza en la Galilea a la que convocaba Jesús a sus discípulos la mañana del primer día de la semana. Porque a partir de ese día-que-hizo-el-Señor, todas las cosas son nuevas, la realidad queda trasformada, la vida cotidiana cambia de signo y el discípulo y la discípula que va al encuentro del Resucitado en Galilea experimenta que su vida está marcada por lo que ha vivido su Maestro y Señor.

Si Él es el *Arrodillado* para lavar los pies de los suyos, lo normal para nosotros es ponemos "aras de suelo" ante los otros, sin extrañarnos que tengan sucios los pies o sus equivalentes relacionales: durezas en el trato, desviaciones tipo juanete en la conducta, reacciones callosas difíciles de manejar en la vida comunitaria.

Si somos amigos del *Cuidador* de los suyos, nuestra normalidad es tratar de bañar de calidez nuestras relaciones, conseguir que se resquebraje esa dureza que a veces vuelve sombrío nuestro celibato, derramar cordialidad, inventar gestos de temura.

Si vamos en busca del *Amador-hasta-el-final*, lo normal en nuestra vida es ponernos a tiro para que nos alcancen los problemas de los otros y vivir un poco más desentendidos y descuidados de lo propio.

Si somos seguidores del *Descartado* que guardó silencio ante quienes le acusaban y condenaban, lo normal para nosotros sería no montar un

numerito cuando pasa algo que nos hace quedar mal, ni sentimos absurdamente heridos porque no nos han tenido suficientemente en cuenta. Si somos discípulos del *Vaciado* que tomó la condición de esclavo, lo normal para nosotros sería no engañarnos con pretextos tipo "hay-que-ser-como-todo-el-mundo" (como en el cuento de *Los siete cabritos*, hay que decirle al lobo "Enséñanos la patita...", porque la harina suele camuflar una exigencia de más independencia o más confort). Y solo cuando estamos cerca de las situaciones de extrema precariedad que vive tanta gente caemos en la cuenta de cuántas cosas podríamos vaciarnos, empezando por el armario.

Y como seguimos en Pascua, lo normal es que estemos deseando parecernos al *Radiante*, al *Eufórico*, (*euforos* en griego es alguien que ha llevado bien una carga, que ha conseguido buenos resultados, que es portador de algo bueno: frutos, noticias felices, alegría...) y al *Viviente* le sobran razones para recibir esos nombres.

Qué suerte la nuestra si se vuelve a encender en nosotros aquella "chispa de locura" que movilizó nuestras vidas hacia el seguimiento de Jesús, cuando Él nos "engañó" hasta el punto de que llegamos a encontrar normales las exageraciones, derroches y excesos de su Evangelio.

RETIRO MENSUAL



5 UNA HISTORIA
DE UN AMOR

SANTIAGO AGRELO, OFM

UNA HISTORIA DE UN AMOR

La que aquí intentamos releer es una historia de amor.

Es la historia de Dios con la humanidad: eso que llamamos historia de la salvación.

Esa historia de Dios con nosotros, o si prefieren, nuestra asombrosa historia con Dios, es una historia inacabada: los que ahora la estamos leyendo, al mismo tiempo la estamos escribiendo.

Este tiempo de retiro puede servirnos para hacer memoria de lo ya vivido, y también para discernir lo que queremos hacer.

Una casa para los hijos

Solo el amor que es Dios pudo hacer que la humanidad exiliada del paraíso hallase cobijo, aposento, dicha y abundancia, no ya en otro jardín de Edén superior al primero, sino en Dios mismo.

Es ésa una locura de gracia, un sinsentido de amor, un despropósito que ni los profetas intuyeron, ni los sabios previeron, ni los ángeles lo hubiesen podido nombrar:

“Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo... y con Él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos, en Cristo Jesús... Habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios... En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos” (Ef 2,4-5a. 6. 8. 10).

Solo por dar a los ojos de nuestra fe una ayuda, una referencia, un término de comparación, algo que nos oriente en la estima de la casa que el Señor ha asignado a los creyentes —una casa “en los cielos, en Cristo

Jesús”, en Dios—, mencionaré aquí aquel jardín o paraíso en el que el Señor Dios puso al hombre que había formado:

“Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente. Luego plantó Yahvé Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahvé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal” (Gn 2,7-9).

El relato del Génesis nos da la perspectiva adecuada para que nos asomemos al misterio de la casa en la que hemos entrado por gracia concedida los que, por herencia recibida, habíamos nacido fuera del jardín del Edén.

Aquel paraíso terrenal, asombroso por la abundancia y la gratuidad, por la vida y por la dicha, aquel jardín que el amor divino había diseñado y plantado, era apenas figura lejana de la mansión que, en Cristo, el Padre dispuso para la humanidad nueva: El mismo Dios, que había formado al hombre con polvo del suelo, ahora lo reforma en Cristo Jesús; el que le había insuflado en las narices aliento de vida, ahora lo vivifica juntamente con Cristo; el que lo había puesto en un jardín de ensueño, ahora lo hace sentar en los cielos, en Cristo.

El Apóstol describió así lo que vio en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia:

“El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha bendecido, con toda clase de bienes espirituales, en los cielos, en Cristo. Él nos ha elegido en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia. Él nos

ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agradó en el Amado” (Ef 1,3-5).

Ése es un mundo nuevo, una nueva creación, la tierra prometida para el pueblo de la nueva alianza, un nuevo paraíso para una humanidad nueva.

Ése es el mundo del hombre Cristo Jesús, de quien la fe y el amor nos hicieron con-corporales, con-sanguíneos, con-sepultados, con-resucitados, con-sentados a la derecha de Dios en los cielos.

Ésa es la casa que Dios ha preparado para sus hijos, la casa que el amor de Dios ha preparado para la humanidad nueva que tiene por cabeza a Cristo Jesús.

Ésa es la casa de los bautizados en Cristo.

Ésa es la casa en la que, por la fe y el amor, entran los hijos de Dios.

Un obstinado desdén

Si hubiese de hacer una descripción pro-saica de la historia de la salvación, diría que la historia de la obstinación de Dios en crear paraísos y la obstinación del hombre en destruirlos.

Dios había formado al hombre con polvo, ahora lo reforma en Cristo Jesús

Digamos que Dios es un obstinado soñador y el hombre un obstinado despertador. El poeta lo dijo así:

“Prestad oído, cielos, y hablaré, escuche la tierra las palabras de mi boca. Como lluvia

se derrame mi doctrina, caiga como rocío mi palabra, como suave lluvia sobre la hierba verde, como aguacero sobre el césped. Porque voy a aclamar el nombre de Yahvé; ¡ensalzada a nuestro Dios! Él es la Roca, su obra es consumada, pues todos sus caminos son justicia. Es Dios de lealtad, no de perfidia,

Les voy a esconder mi rostro porque es una generación torcida

es justo y recto. Se han pervertido los que Él engendró sin tara, generación perversa y tortuosa. ¿Así pagarás a Yahvé, pueblo insensato y necio?

¿No es Él tu padre, el que te creó, el que te hizo y te fundó?

Acuérdate de los días de antaño, considera los años de edad en edad. Interroga a tu padre, que te lo contará, a tus ancianos, que te lo dirán. Cuando el Altísimo repartió las naciones, cuando distribuyó a los hijos de Adán, fijó las fronteras de los pueblos, según el número de los hijos de Dios; mas la porción de Yahvé fue su pueblo, Jacob su parte de heredad. En tierra desierta lo encuentra, en la soledad rugiente de la estepa. Y lo envuelve, lo sustenta, lo cuida, como a la niña de sus ojos. Como un águila incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así Él despliega sus alas y lo toma, y lo lleva sobre su plumaje.

Solo Yahvé lo guía a su destino, con Él ningún dios extranjero. Le hace cabalgar por las alturas de la tierra, lo alimenta de los frutos del campo, le da a gustar miel de la peña y aceite de la dura roca, cuajada de vacas y

lecha de ovejas, con la grasa de corderos; carneros de raza de Basán y machos cabríos, con la flor de los granos de trigo, y por bebida la roja sangre de la uva. Come Jacob, se sacia, engorda Yesurún, respinga, te has puesto grueso, rollizo, turgente, rechaza a Dios, su Hacedor, desprecia a la Roca, su salvación. Lo encelan con dioses extraños, lo irritan con abominaciones. Sacrifican a demonios, no a Dios, a dioses que desconocían, a nuevos, recién llegados, que no veneraron nuestros padres.

¡Desdeñas a la Roca que te dio el ser, olvidas al Dios que te engendró!

Yahvé lo ha visto y, en su ira, ha desechado a sus hijos y a sus hijas.

Ha dicho: les voy a esconder mi rostro, a ver en qué paran, porque es una generación torcida, hijos sin lealtad” (Dt 32, 1-20).

El poeta proclama las obras que Dios ha realizado a favor de su pueblo, y denuncia el desdén con que el pueblo de Dios ha tratado al que le dio el ser.

Pero el lector intuye que esa experiencia de abundancia ofrecida por Dios, y de desdén recibido a cambio, se ha repetido con regularidad desconcertante en la historia de la salvación.

El hombre desdeñó el jardín de Edén que el Señor Dios había plantado y en el que lo había colocado, y salió de él “para labrar el suelo de donde había sido tomado” (Gn 3, 23).

El hombre despreció aquel mundo recreado que “era de un mismo lenguaje e idénticas palabras”, y se precipitó en un mundo de lenguaje confundido y entendimiento imposible (cf. Gn 11, 1-7).

El hijo desdeñó a la Roca que le dio el ser, se olvidó de Dios que lo engendró, para servir a dioses que no son Dios; ¡y salió de la tie-

rra que había recibido en heredad para volver a ser esclavo de pueblos que no son pueblo!

Ahora, en la plenitud de los tiempos, para nosotros, para todos, el paraíso que Dios ha plantado es el Hijo.

Ahora, para nosotros, para todos, la casa que Dios ha construido es el Hijo.

Ahora, para nosotros, para todos, el mundo que Dios ha soñado –ha creado– es el Hijo.

Ahora, por el Hijo, con el Hijo, en el Hijo, se nos ha concedido entrar en el misterio de Dios.

Por el Hijo, a quien nombró heredero de todo, por quien había creado los mundos y las edades, Dios nos ha hablado en esta etapa final” (cf. Heb 1, 1-2).

Él es la plenitud de la revelación de Dios al hombre, pues “en darnos como nos dio a su Hijo –que es una palabra suya, que no tiene otra–, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola palabra, y no tiene más que hablar”¹.

Y nosotros, glosando al místico, bien podemos decir que Dios, “en darnos como nos dio a su Hijo, todo nos lo dio junto y de una vez en este solo don, y no tiene más que dar”.

Pero siempre es posible desdeñar el don: Siempre es posible el olvido. Siempre es posible la indiferencia, siempre es posible el desprecio.

La historia, la que ahora se está haciendo y la que en el pasado vivió el pueblo de Dios, nos recuerda que también nosotros podemos despreciar la casa de Dios; podemos “no ser del agrado de Dios” y quedar, como quedaron nuestros padres, “tendidos en el desierto” (cf. I Cor 10, 1-5); también nosotros podemos ser “hijos degenerados, generación malvada y perversa” (Dt 32,5).



Una y otra vez quedó escrito ese “podemos”: Podemos despreciar, podemos no ser del agrado de Dios, podemos ser hijos degenerados.

Tal vez no nos quede más remedio que reconocer con asombro y confesar que de

Por el Hijo, con el Hijo, en el Hijo, se nos ha concedido entrar en el misterio de Dios

muchas maneras hemos despreciado la casa que Dios, con tanto amor, preparó para nosotros y que, también nosotros, nos hemos hecho acreedores al título de

«hijos degenerados, generación malvada y perversa».

Ésa es la realidad: también nosotros podemos despreciar el paraíso.

¿Dónde está el Señor? El que nos sacó de Egipto y nos condujo por el desierto

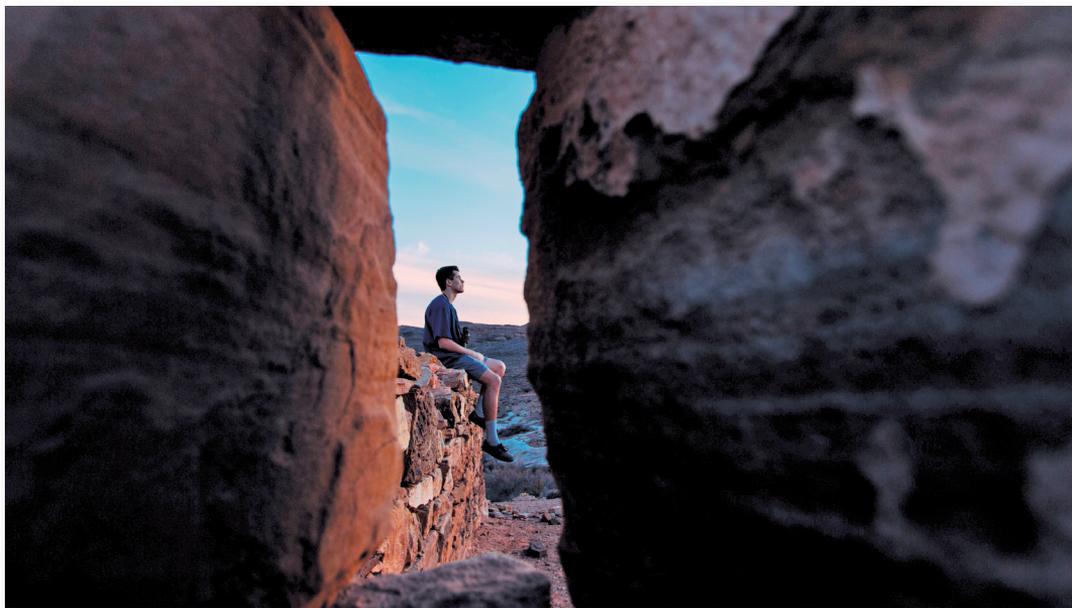
Un amor más obstinado que el desdén

Lo que hasta aquí hemos considerado bajo las figuras de un jardín plantado por Dios para que el hombre disfrute de él, o de una tierra que mana leche y miel a la que el hombre es llevado para que allí viva en libertad, o de una casa que Dios ha construido para que habitemos en ella, ahora se nos pide que lo consideremos bajo la figura del amor con-

yugal. La alianza ha sido rota, y Dios entabla juicio con la esposa infiel:

“El Señor me dirigió la palabra: –Ve, grita, que lo oiga Jerusalén. Así dice el Señor: Recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia, cuando me seguías por el desierto, por tierra yerma. Israel era sagrada para el Señor, primicia de su cosecha: quien osaba comer de ella lo pagaba. . .

¿Qué delito encontraron en mí vuestros padres para alejarse de mí? Siguieron tras vaciedades y se quedaron vacíos, en vez de preguntar: ¿Dónde está el Señor? El que nos sacó de Egipto y nos condujo por el desierto, por estepas y barrancos, tierra sedienta y sombría, tierra que nadie atraviesa, que el hombre no habita. Yo os conduje a un país de huertos, para que comieseis sus buenos frutos; pero entrasteis y contaminasteis mi tierra, hicisteis abominable mi heredad. Los sacerdotes nos preguntaban: ¿Dónde está el Señor? Los doctores de la Ley no me reco-



nocían, los pastores se rebelaron contra mí, los profetas profetizaban en nombre de Baal, siguiendo a dioses que de nada sirven. . .

¿Cambia un pueblo de dios? Y eso que no es dios, pues mi pueblo cambió su Gloria por el que no sirve. ¡Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y pasmaos!, –oráculo del Señor–, porque dos maldades ha cometido mi pueblo: Me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua” (Jr 2, 1-3. 5-8. 11-13).

En ese juicio resultan evidentes dos maldades: la más asombrosa, abandonar al Señor; y la que nos cuelga además el sambenito de necios donde los haya, la de haberlo abandonado por nada: ¡Por nada!

Peor aún: derramamos el agua para apuntarnos a la sed; despreciamos el bien para apuntarnos a la desdicha.

Recuerdo una viñeta: sentado, pensativo, fija la mirada en aquel balón enaltecido sobre columna de gloria, el Padre eterno se pregunta: “¿Qué tendrá él que no tenga yo?”².

No creo, sin embargo, que sea Dios el que se hace la pregunta. Lo que ha hecho el artista es poner en Dios una pregunta que tendríamos que hacernos nosotros: ¿Qué encontramos en ese balón que no encontramos en nuestro Dios?; ¿por qué, en el corazón del hombre, el balón –las ilusiones– le ganan siempre la partida a Dios?

Y creo conocer una respuesta plausible: aljibes agrietados y balones carecen de misterio, mientras que Dios, el Dios de Israel, el incansable creador de sueños para los hijos que ama, el Dios de la alianza, será siempre misterio insondable, Dios escondido, no manejable, no disponible (cf. Is 45, 15).

Aljibes y balones, aunque engañosos, se ven. Dios permanece obstinadamente ausente de nuestra mirada: “A Dios nadie lo ha visto jamás” (Jn 1, 18).

El de la fe es un camino que desemboca en la oscuridad de la noche: en la ausencia de Dios, y en una confianza que todo lo entrega en manos del Misterio.

Considera el camino del hombre Cristo Jesús.

Frente a la muerte, la fe se vuelve clamor: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46).

La fe se vuelve clamor y grito (cf. Mt 27, 50), grito y entrega de todo en las manos del Padre: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” (Lc 23, 46).

Esa fe que deja al hombre Cristo Jesús en las entrañas del Misterio del Padre, es la que dejará abierta para todos la fuente del Espíritu: “Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: «Todo está cumplido». E inclinando la cabeza entregó el espíritu” (Jn 19, 30).

Y ésa, la del que “todo cuanto es” lo entrega a la “oscuridad” del Misterio, ésa es la situación extrema de los mártires de la fe.

Y es en ese ámbito de la “entrega al Misterio” –del testimonio de cada día– donde se desarrolla la vida de los creyentes.

La fe se vuelve clamor y entrega de todo en las manos del Padre

Los confesores de la fe, las “piedras vivas” que se integran en la construcción del templo espiritual, son aprendices de ese dar “todo por nada”, dar “cosas por misterio”, dar “lo que se ve por lo que no se ve”.

Francisco de Asís lo expresó así: “Mi Dios, mi todo”.

Teresa de Ávila lo dijo a su manera: “Quien a Dios tiene, nada le falta: solo Dios basta”.

De ahí que lo propio de las “piedras vivas” sea la búsqueda de Dios, la pasión por el misterio, una insaciable pasión de amor:

“En mi cama, por noche, buscaba al amor de mi alma: lo busqué y no lo encontré. Me levanté y recorrí la ciudad por las calles y las plazas, buscando al amor de mi alma; lo busqué y no lo encontré. Me han encontrado los guardias que rondan por la ciudad: ¿Visteis al amor de mi alma?

Pero apenas los pasé, encontré al amor de mi alma: lo agarré y ya no lo soltaré, hasta

meterlo en la casa de mi madre, en la alcoba de la que me llevó en sus entrañas. ¡Muchachas de Jerusalén, por las ciervas y gacelas de los campos, os conjuro que no vayáis a molestar, que no despertéis al amor hasta que él quiera!” (Cant 3, 1-5).

Si la pasión de amor cede su lugar al interés, al beneficio, se profana el paraíso, se destruye la armonía de la comunión, se cometen dos maldades, las “piedras vivas” se vuelven generación malvada y perversa.

En nuestras manos está escribir una hermosa historia de amor.

1 JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo*, Libro 2, cap. 22, n. 3.

2 La viñeta es de J. L. Cortés.

Sugerencias

Pautas para la reflexión personal y comunitaria

- 1.- Aquellos discípulos preguntaron a Jesús: “¿Dónde moras?”. Imagina que ahora es Él que a cada uno de nosotros nos pregunta: “¿Dónde moras?”.
- 2.- ¿Se puede hablar de desdén en nuestra relación con Dios?
- 3.- Podríamos nombrar lo que en nuestra vida ocupa el lugar de Dios.
- 4.- ¿Hemos pensado alguna vez en un mundo de hermanos, en una comunidad de “piedras vivas”, en un mundo imagen del Reino de Dios?



Milagros cotidianos

José Tolentino de Mendonça

CARD. ARZOBISPO ARCHIVISTA Y BIBLIOTECARIO DEL VATICANO

Pienso en aquella frase que escribió G. E. Lessing: "el mayor milagro es que los verdaderos milagros se nos presentan como acontecimientos cotidianos banales". De hecho, necesitaríamos una «escuela de la mirada» que nos ayudara a comprender la naturaleza de lo que ocurre y se nos escapa. Tendríamos que aprender a captar el sentido de lo que efectivamente ocurre ante nuestros ojos, tanto en lo que está alejado de nosotros como en lo que está más cerca, e incluso en lo que está dentro de nosotros. Por un extraño automatismo, nunca suficientemente criticado, percibimos más fácilmente el mal que el bien. El mal salta a la vista y, por así decirlo, nos obsesiona. Le reservamos la condición de algo extraordinario: una pieza que se suelta y destaca, un elemento inesperado que se manifiesta, una contradicción que surge, un problema en el que nos concentramos

inmediatamente. No nos damos cuenta de inmediato, pero al centrarnos en la parcela de negatividad se crea una distorsión de nuestra visión, ya que perdemos la capacidad de considerar la vida en totalidad. Y esto ocurre en gran medida porque seguimos considerando la bondad como una banalidad; un presupuesto que se nos debe absolutamente y por el que, por tanto, ni siquiera nos sentimos obligados a estar agradecidos; un mero resultado fisiológico de la existencia al que no reconocemos ninguna intencionalidad. No es de extrañar que los grandes milagros pasen desapercibidos como sucesos triviales porque los vemos con ojos somnolientos.

Sin embargo, bastaría con poner en práctica un ejercicio de observación en sentido contrario. Deberíamos empezar el día enumerando con gratitud el interminable elenco de bienes de los que somos actores y testigos. Empezando por el prodigio-

so espectáculo de la vida misma, la nuestra y la de otras criaturas. Bastaría con abrir la ventana al amanecer y tomarse unos instantes para ver cómo este mundo, incluso en su degradación y aflicciones, nos rodea siempre con elementos suntuosos, de innumerables detalles luminosos que nos recuerdan cómo la gracia pesa infinitamente más en la balanza. E incluso cuando sentimos el agravio de lo que se nos quita, siempre es más sorprendente lo que se nos ofrece.

En el origen de la vida está, pues, la bendición y este admirable exceso de la misma al que debemos unir nuestro corazón. Por tanto, la mayoría de las veces no se trata de inventar, sino de reconocer. No se trata tanto de forzar la irrupción de lo inaudito como de reaprender a ver lo ordinario. No es el descubrimiento aparente, sino el abrazo humilde de la vida que nos ha tocado y sus circunstancias.



EL IMPACTO DE LA PANDEMIA

Desafíos pastorales junto a los que sufren

"Nunca nos despedimos": 2020 pasará a la historia como el año de las condolencias suspendidas, de las despedidas perdidas

Arnaldo Pangrazzi, mi *

Es también un año de luto para la Iglesia y sus representantes que no han podido ejercer plenamente su ministerio, tanto desde el punto de vista sacramental como de acompañamiento pastoral. Me refiero, en particular, a los capellanes que trabajan en diversos contextos (hospitales, residencias de ancianos, pabellones psiquiátricos, centros para discapacitados, hospicios y cuidados paliativos), pero también a los sacerdotes que trabajan en las parroquias, y a las consagradas y diáconos implicados en el ministerio de la consolación.

COVID-19: PROTAGONISTA ABSOLUTO

El término “contagio” tiene connotaciones positivas en los buenos tiempos y se utiliza en expresiones como: “Una risa contagiosa”, “Contagio de entusiasmo”, “El contagio de la alegría o la bondad”.

Significa difundir o multiplicar la energía positiva.

Hoy la palabra “contagio” tiene un significado muy diferente y un protagonista bien definido, la Covid-19.

En su definición etimológica, la palabra contagio procede del latín *contagium* y significa “tocar”, “estar en contacto”.

En el contexto sanitario, el contagio es la transmisión de un virus, que en latín significa “veneno”, y que puede tener consecuencias graves, a veces mortales.

Virus o bacterias desconocidos, a menudo procedentes del mundo animal, afectan a las células humanas y provocan síntomas de naturaleza y gravedad variables: leves, moderados o complejos.

Los vehículos de transmisión del virus incluyen: heces, sangre, relaciones sexuales, vías respiratorias, contacto (incluyendo caricias, besos, abrazos).

A lo largo de los siglos, los contagios (pestes, viruela, gripe española, gripe asiática, VIH, ébola) han diezmado poblaciones y cambiado el curso de la historia. La Covid-19 no es ciertamente la peor pandemia que ha afectado a la humanidad, gracias a las medidas de contención adoptadas por los gobiernos, pero destaca por su alto nivel de contagio y su impacto planetario.

2020: ETAPAS DE UN VIAJE CON COVID-19

Volvamos al significado de contagio, ya que este tema tiene fuertes implicaciones no solo para la propagación del virus, sino también para las resonancias pastorales.

Intentemos hacer una lectura de este acontecimiento histórico, para descifrar los signos de los tiempos y discernir la presencia de Dios en el mundo actual.

La metáfora del viaje ayudará a delinear, por un lado, las emergencias causadas por el contagio—a nivel sanitario, social, económico y existencial—y, por otro, los desafíos pastorales que surgen de la crisis, especialmente en relación con los más vulnerables, como los enfermos, los ancianos, los discapacitados, los moribundos y los afligidos.

El viaje se estructurará en torno a seis paradas que representan lugares de sufrimiento humano y de esperanza, pero también provocaciones para la acción pastoral.

Las paradas pueden leerse como estaciones del camino de la cruz que se abren a la resurrección.

Necesitamos descifrar la presencia de Dios en este acontecimiento

EL CONTAGIO DEL DESPOJO DE FALSAS CERTEZAS

A principios de 2020, empezaron a circular noticias sobre un virus que se inició en el mercado de Wuhan y se extendió por China. En ese momento éramos espectadores de una alarma lejana que no nos afectaba directamente.

Sentados frente al televisor comentábamos el comportamiento de los chinos, su ritmo frenético para contener el contagio, su iniciativa de construir un hospital de campaña en pocos días.

Entonces, con una velocidad imprevisible, la Covid-19 llamó a las puertas de nuestros hogares y arrasó con infinidad de “frágiles seguridades”.

En pocas semanas, el mundo entero se vio abrumado y devastado por la presencia de un virus invisible que traspasó las fronteras, sin importar la geografía, la cultura, el color de la piel, la condición social o la afiliación religiosa.

Ante la agitación provocada por el contagio, la primera consideración es reflexionar sobre las falsas creencias a las que a menudo estamos anclados. Entre ellas está la ilusión de creer que lo que ocurrió en China nunca nos ocurrirá a nosotros, al igual que, en otras circunstancias, cultivamos la expectativa irreal de que el cáncer, un accidente de coche o la muerte no pueden afectar a nuestra familia, porque sería una injusticia inaceptable.



El contagio fue un brusco despertar, un baño de realismo esencial para disipar supuestos ilusorios y falaces.

El desafío pastoral dictado por el virus sugiere que en la catequesis, la predicación y el diálogo con la gente, hagamos hincapié en la conciencia de la precariedad de los bienes, incluidos la salud y la vida, y recordemos que todo es un don antes de ser derecho, todo es temporal antes de ser seguro, todo es mortal antes de ser eterno.

EL CONTAGIO DEL MIEDO

En su imparable carrera, el virus se ha adueñado de las calles, ha paralizado las grandes ciudades, se ha apoderado de teatros y estadios y ha puesto de rodillas a las empresas. Covid-19 ha impedido que los niños jueguen en los parques, que los jóvenes se reúnan con sus amigos, que los profesores se reúnan con sus alumnos, que los enamorados se casen, que las iglesias celebren servicios religiosos. Los grandes centros religiosos del mundo, desde La Meca hasta Jerusalén, desde Roma hasta Bangkok, han quedado vacíos.

La Covid-19 sembró rápidamente el pánico entre los ancianos, sobrecargó las unidades de cuidados intensivos de los hospitales, impidió que los moribundos y sus familias se despidieran, llenó las páginas de los obituarios, llenó los crematorios de ataúdes y privó a los muertos de su “derecho” a un entierro digno.

Los gobiernos de los distintos países han tratado de oponerse a su inconmensurable poder emitiendo decretos e invitando a los ciudadanos a colaborar en la medida de lo posible, utilizando mascarillas, lavándose

las manos con frecuencia, manteniendo la distancia física y renunciando a sus derechos, como la libertad de movimiento, para salvaguardar su propia salud y la de los demás. Las consignas, reiteradas por los medios de comunicación, eran: “Quédense en casa”, “Juntos lo lograremos”.

El sentimiento omnipresente es el miedo, sentido por algunos como una

preocupación comprensible para permanecer vigilantes y prudentes, por otros experimentado como una obsesión o ansiedad paralizante.

El miedo revela diferentes caras: hay quienes temen ser infectados o contagiados, quienes están preocupados por las consecuencias económicas de la crisis, quienes se alarman por tener que ser hospitalizados en unidades de cuidados intensivos, quienes sienten ansiedad por la posibilidad de morir.

El reto pastoral es recordar, primero a uno mismo y luego a los demás, que no se puede eliminar la aprensión y el miedo, sino que hay que aprender a gestionarlos de forma constructiva.

Jesús también experimentó el miedo: basta recordar su angustia en el Huerto de los Olivos: “Con angustia oraba más intensamente, y su sudor se volvía como gotas de sangre que caían al suelo” (Lc 22,44).

Se revela a los apóstoles, a merced de las olas, diciéndoles: “Ánimo, no temáis” (Mc 6,50) y, antes de ascender al Padre, les tranquiliza: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

El agente de pastoral, a través de su presencia o de sus palabras, intenta consolar a los perdidos con la promesa de Jesús: “No

El reto pastoral es recordar que no se puede eliminar el miedo sino gestionarlo

tengáis miedo, yo estoy con vosotros siempre”.

El miedo se alivia con la oración, la respiración profunda, el compartir con alguien, el contacto con la naturaleza, la escucha de la Palabra, el encomendarse a Dios.

EL CONTAGIO DE LA FRAGILIDAD Y LA IMPOTENCIA

La mitad de la población mundial está bajo “arresto domiciliario” y naciones enteras están sometidas a un difícil toque de queda, mientras las plazas son patrulladas por las fuerzas del orden para garantizar el respeto de las normas. La propagación del contagio ha hecho necesario el cierre de bares y restaurantes, la interrupción de las escuelas, la limitación de los viajes y la instalación de termo-escáneres en las residencias de ancianos, los centros para discapacitados y los hospitales.

La acción arrolladora del virus ha derribado los mitos de la autosuficiencia, la omnipotencia, la productividad y ha impuesto una reflexión sobre el tema de los límites, la precariedad, la impotencia.

Hemos pasado de la medicina de los milagros a la medicina de los límites. Los enormes esfuerzos para la investigación de una vacuna no han aplacado el impresionante aumento de accidentes y muertes. Vivimos “suspendidos” en el tiempo, entre el doloroso trabajo del presente y la atormentada espera de un futuro mejor.

Mientras tanto, la gratitud de los ciudadanos se dirige a quienes, en primera línea (médicos, enfermeros, virólogos, trabajadores de ambulancias...), hacen todo lo

posible por salvar vidas y reconfortar a los afligidos.

También la Iglesia está inmersa en el mar sin límites de la impotencia y la vulnerabilidad. Para frenar el contagio, incluso los líderes religiosos se han adherido humildemente a las directrices del gobierno suspendiendo los ser-

vicios públicos, posponiendo la celebración de bodas, bautizos, primeras comuniones, confirmaciones y funerales. Es una elección dolorosa y prolongada con un reguero de heridas, comprensibles sentimientos de culpa, desconcierto espiritual.

A nivel pastoral, este “signo de los tiempos” ha obligado a la Iglesia a asumir su doble papel de “ayudante y ayudada”, “sanadora y enferma”, “consoladora y consolada”.

Podríamos hablar de una Iglesia en las trincheras, obligada a renunciar a su tradicional papel de proximidad al servicio de los débiles y los heridos, para observar en silencio y en la oscuridad, como los apóstoles en el Cenáculo, esperando la luz. Una imagen emblemática de la *Ecclesia dolens* es la representada por el papa Francisco caminando solo por la plaza de San Pedro para rezar a los pies del crucifijo, en unión con la humanidad herida.

En cierto sentido, el virus ha mortificado a la Iglesia convirtiéndola en una sierva secundaria de la ciencia, una comunidad restringida en el ejercicio de los ministerios de *diaconía*, *leitourgia* y *koinonía*.

A los sacerdotes y capellanes les resultaba difícil digerir la percepción de una presencia no esencial, y sufrían por tener que limitar o

El sentimiento omnipresente es el miedo, preocupación para permanecer vigilantes

renunciar al consuelo espiritual de los enfermos y moribundos.

En la pandemia, los pastores han recuperado el valor de “estar con” los heridos, mediante la comunión espiritual, la espera paciente, la confianza en la gracia, en lugar de depender del “hacer”.

EL CONTAGIO DE LA SOLEDAD

La interrupción de la Covid-19 ha aumentado inevitablemente el índice de soledad humana, especialmente en las residencias de ancianos y en las unidades de cuidados intensivos, que están cerradas no solo a los familiares, sino también a los psicólogos, trabajadores sociales, capellanes y voluntarios.

Las restricciones impuestas, también para evitar el contagio, han dado prioridad a la atención de la salud biológica, pero han puesto “patas arriba” el bien general de los ancianos y moribundos, que se ven privados del consuelo afectivo de sus seres queridos y del apoyo religioso en los momentos críticos.

La necesaria pero controvertida estrategia sanitaria, comprensible por un lado, ha deshumanizado la muerte y ha creado conmovedores traumas humanos cuyos efectos sobre la salud se verán en el futuro.

Piensen en los largos “ayunos emocionales” de los ancianos y moribundos, en las “muchas despedidas” que nunca se dicen al



final de la vida, en el duelo suspendido de los supervivientes.

En los últimos meses, un río de soledad ha atravesado la vida de muchos abuelos, privados del derecho a ver y abrazar a sus nietos, de viudos que se quedan solos ante un riesgo inminente, de jóvenes privados del contacto con sus amigos.

Es una soledad que también experimentan los médicos y las enfermeras que tienen que desempeñar muchos papeles junto a los enfermos (familiares, psicólogos, asistentes espirituales), pero que se sienten incapaces por la falta de tiempo, el cansancio, la incapacidad personal.

La soledad la sienten a veces también los sacerdotes, sobre todo si están solos o son ancianos, porque no tienen a nadie con quien hablar, ni nadie que se interese por ellos.

Giacomo Leopardi escribió que “la soledad es como una lupa: si estás solo y estás bien, estás muy bien; si estás solo y estás mal, estás muy mal”.

También para los pastores el reto básico es aprender a sentirse bien con ellos mismos, como condición para sentirse bien con el mundo exterior.

Además, la Covid-19 ha obligado a los estímulos de la Iglesia a reconciliarse con su propia pobreza, con las limitaciones de su propia intervención pastoral, para confiarse al poder de la gracia, que actúa en los misteriosos meandros de la vida humana.

En el aspecto práctico, el aislamiento impuesto por la pandemia ha permitido a muchos agentes de pastoral descansar, regenerarse, ordenar sus cosas, quizás revisar sus álbumes de fotos o deshacerse de cosas innecesarias. Además, el ayuno de actividades externas ofrecía la oportunidad de leer, escuchar música, meditar sobre el valor del tiempo, saborear los beneficios de la len-

itud, hacer fructífero el silencio, permanecer unidos en oración con los que sufren.

EL CONTAGIO DE LA SOLIDARIDAD Y LA MISERICORDIA

El ciclón que ha sacudido al mundo ha despertado el sentido de la fraternidad y la solidaridad universal, y el papa Francisco se ha hecho intérprete de este espíritu en la reciente encíclica *Fratelli Tutti* (Todos hermanos, octubre de 2020).

En los primeros meses de la pandemia, los signos de esta fraternidad estaban simbolizados por la música que resonaba en los balcones de las casas, por el entretenimiento que ofrecían los cantantes en la televisión, por la redención del orgullo nacional a través de los viajes en línea para descubrir las riquezas artísticas de nuestros museos y paisajes, por los vídeos humorísticos difundidos para sostener la moral... etc.

Además, son expresiones de solidaridad los ciudadanos que cumplen la normativa, los transportistas de alimentos y mercancías, los empleados de los supermercados, los que ofrecen alojamiento gratuito a los médicos de otras regiones.

Se consideran rostros de la solidaridad los voluntarios que llevan comestibles y medicinas a los ancianos, los que se comunican a través de las redes sociales con los discapacitados, los consoladores de los afligidos.

La pandemia, junto con los daños, ha dado lecciones y enseñanzas valiosas: somos menos autorreferenciales y más comunitarios, menos despreocupados y más responsables, menos frenéticos y más reflexivos, menos “yo” y más “nosotros”, menos engreídos y más humildes. Incluso en la escala de valores, el beneficio y la economía han dejado paso a la salud y la solidaridad.

Las diferentes confesiones religiosas, que tienen en su corazón a los pobres y marginados, han apoyado la globalización de la solidaridad como misión común.

Muchos agentes de pastoral también han explorado nuevos espacios de proximidad con los que sufren utilizando los medios de comunicación social (vídeos, artículos, oraciones...), apelando a la creatividad estimulada por la adversidad. Algunos sacerdotes han celebrado misas

desde los tejados para sus feligreses, algunos capellanes han ideado formas de estar presentes en las unidades de cuidados intensivos o de llegar a los pacientes con mensajes desde sus teléfonos móviles, y otros han ofrecido clases o conferencias en línea.

Los lugares tradicionalmente dedicados a las reuniones de la comunidad, como las iglesias, pero también los restaurantes, las cárceles, las discotecas y los estadios, se han convertido en los súper altavoces de Covid-19. Como resultado, el concepto de *koinonía* se ha desplazado de la parroquia a la comunidad flotante de intercambio y formación en línea, generando innovadoras oportunidades de evangelización, reflexión y crecimiento espiritual.

EL CONTAGIO DE LA ESPIRITUALIDAD Y LA ESPERANZA

La Covid-19 ha extendido las ruinas por todas partes, aumentando la inestabilidad mental de algunas personas, estresando a muchas familias con hijos, exacerbando las desavenencias entre parejas o provocando separaciones, aumentando la pobreza en el mundo, haciendo quebrar a las empresas

privadas, creando quiebras financieras y deudas monstruosas.

Eugène Delacroix escribió que “la adversidad devuelve a los hombres todas las virtudes que la prosperidad les quita”.

La pandemia puede convertirse en *kairós*, en una oportunidad para hacer surgir el *ex malo bonum*, para transformar la “desgracia” en “gracia”.

Por otro lado, no podemos ignorar los indudables benefi-

cios que se derivan de la crisis, entre ellos: la reducción de la contaminación ambiental, un planeta más limpio, menos robos en los hogares, una mayor conciencia de universalidad, un fortalecimiento de los lazos familiares, una mayor versatilidad en el uso de la tecnología y la formación *online*, una mayor necesidad de espiritualidad.

El confinamiento y la ralentización de la actividad han despertado en muchos el deseo de interioridad, el sabio uso del tiempo, el redescubrimiento del valor curativo de la naturaleza y el silencio, el papel de la familia en la educación de la fe, la enseñanza impartida por la inviolable Covid-19 sobre el poder ilimitado de “lo que es débil y puede confundir a los fuertes”, la mayor conciencia de la impermanencia y la mortalidad, la búsqueda de lo esencial en la vida.

Muchos han informado de que durante la pandemia la oración (tradicional, bíblica o espontánea) siguió siendo el hilo rojo que unía a la gente, una energía espiritual que vinculaba al hombre con lo divino, una medicina que reconfortaba a los sanos

La oración siguió siendo una energía espiritual que vinculaba al hombre con lo divino

y a los enfermos, a los ayudantes y a los dolientes.

Kierkegaard señaló el verdadero milagro de la oración: “La oración no cambia a Dios, sino que cambia al que reza.

Otro elemento importante en el vocabulario espiritual es la esperanza.

La palabra esperanza, del latín *spes*, significa mirar hacia una meta: los primeros cristianos la representan como un salvavidas al que se aferran. La esperanza es como la sangre, no se ve, pero fluye por dentro; Louis Dumur sugiere que “la esperanza es la morfina de la vida”.

La esperanza es el antídoto natural del miedo. Para algunos la esperanza significa no ceder a la desesperación, saber levantarse después de haber caído; para otros significa mirar las cosas con otros ojos, encontrar enseñanzas positivas en medio de la oposición, creer en la misteriosa presencia de Dios en los asuntos humanos.

Para otros, la esperanza es curarse de una enfermedad, completar un proyecto, dejar el mundo serenamente.

Hay quienes ven la inmortalidad en la continuidad de los hijos y los nietos, quienes la ven en la herencia moral de los valores y los ejemplos transmitidos, quienes la ven en la certeza de la indestructibilidad del espíritu, confiando en la promesa de Cristo: “Yo soy la resurrección y la vida; quien crea en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11,25).

A nivel pastoral, los ministros de la Iglesia son heraldos de la esperanza, representando a Dios en los momentos más oscuros de la vida: tras una enfermedad grave, en los funerales, en la época de luto.

El sacerdote está presente en el Viernes Santo de la gente, para expresar cercanía, pero también para recordar que la muerte no tiene la última palabra, sino la penúltima,

porque en Cristo resucitado también nosotros resucitaremos.

CONCLUSIÓN

Willa Cather dijo que “Algunas cosas se aprenden mejor en la calma, otras en la tormenta”. La pandemia ha sido un prolongado baño de humildad, pero también de mayor humanidad.

El Coronavirus ha escapado al poder de la ciencia y al control de las multinacionales, pero su presencia ha reclamado el alma, guiada para redescubrir los valores esenciales.

El futuro sigue siendo incierto, pero su forma dependerá de las lecciones aprendidas de este “genial profesor” llamado Covid-19.

La pastoral también se ha visto envuelta en este bautismo de cordura, despojada de su visibilidad, purificada en su esencialidad.

Muchos agentes de pastoral han activado la creatividad para gestionar los límites, el amor para superar los obstáculos, la esperanza para superar el malestar, la fe para creer en el futuro.

Todavía estamos en la tormenta, pero poco a poco irá remitiendo y cada persona, comunidad y nación tendrá que ir curando las heridas, recuperar la proximidad y saber ser libre.

La esperanza es que lo sucedido inspire a todos, especialmente a los consagrados y consagradas, a ser instigadores de sabiduría y espiritualidad, padrinos en el bautismo de un nuevo espíritu de fraternidad, sembradores de esperanza en el mundo venidero. **VR**

* Artículo publicado en italiano en la revista *Testimoni* (Febbraio 2021).



Cuestiones teológicas ante el abuso: el discipulado

Hans Zollner

JESUITA

CENTRE FOR CHILD PROTECTION

COMISIÓN PONTIFICIA PARA LA PROTECCIÓN DE MENORES

Para volver a centrarse en el mensaje clave de la Iglesia ante la confusión y la crisis de credibilidad —el amor incondicional de Dios por los pequeños y los heridos, por los que se confiesan pecadores— puede ayudar la noción de un "discipulado comprometido" (S. Butler) de los fieles, laicos y clérigos. Especialmente para las víctimas de abusos y sus familias y amigos, es crucial que el amor de Dios llegue de forma humana, y si los que están cerca y de alguna manera representan al agresor pueden conectarse con los afectados en el amor, la curación se hará más posible. Asimismo, en el n. 2 de

su Carta a todo el Pueblo de Dios del 20 de agosto de 2018, el papa Francisco aborda y deja claro que el cambio cultural dentro de la Iglesia no puede ser alcanzado solo por el clero:

"Es imposible imaginar una conversión del accionar eclesial sin la participación activa de todos los integrantes del Pueblo de Dios. Es más, cada vez que hemos intentado suplantar, acallar, ignorar, reducir a pequeñas élites al Pueblo de Dios construimos comunidades, planes, acentuaciones teológicas, espiritualidades y estructuras sin raíces, sin memoria, sin rostro, sin cuerpo, en definitiva, sin vida. (...) Todo lo que se realice para erradicar la

cultura del abuso de nuestras comunidades, sin una participación activa de todos los miembros de la Iglesia, no logrará generar las dinámicas necesarias para una transformación sana y realista. (...) Por medio de la actitud orante y penitencial podremos entrar en sintonía personal y comunitaria con esta exhortación para que crezca entre nosotros el don de la compasión, de la justicia, de la prevención y reparación. María supo estar al pie de la cruz de su Hijo... Con esta postura manifiesta su modo de estar en la vida". El ejemplo de María es fundamental para redescubrir dónde deben estar los religiosos y cómo deben vivir.



Llamada a la santidad

Carmen Herrero, fmj

Monja de las fraternidades de Jerusalén. Francia

“No tengáis miedo a ser santos y dejar que Cristo reine en vuestros corazones”.

(San Juan Pablo II).

Todos estamos llamados a la santidad. La Palabra de Dios nos dice: “Sed santos, porque yo, vuestro Dios, soy santo” (Levítico 19,2). Y Jesús en el Evangelio: “Vosotros, sed perfectos como vuestro Padre

celestial es perfecto” (Mt 5,48)¹. Otras traducciones: “sed santos”. Este imperativo “sed”, puede darnos un cierto temor, pero no hemos de tener miedo ante tal mandato, al contrario, Él tiene que llenarnos de gozo y de júbilo, porque la santidad es una aventura maravillosa, que no depende de nuestras fuerzas, sino de un disponerse en todo

momento, con sencillez y determinación, a acoger la acción del Espíritu Santo en nuestra vida. Decía un sacerdote en su homilía: “ser santos es querer”. Y es verdad, porque Dios nos llama a serlo, y Él quiere que lo seamos; entonces, de nosotros depende la respuesta. En realidad, ¿queremos ser santos? Si realmente queremos, acogamos la acción del Espíritu Santo en nuestras vidas, pues es Él quien nos santifica.

En la Exhortación *Gaudete et Exsultate*, el papa Francisco nos exhorta a la santidad y nos anima a ser santos “No tengas miedo de la santidad”. “Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad”. “El desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo”. “¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús”. “Tenemos una nube tan ingente de testigos”. “Nuestra propia madre, una abuela u otras personas cercanas”. El Papa habla de “los santos de la puerta de al lado”. “El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes”. “Incluso fuera de la Iglesia Católica, en ámbitos muy diferentes, el Espíritu suscita signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo”. El papa Francisco, muy atento a los valores femeninos dice: “Dentro de las formas variadas, quiero destacar que el «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, en épocas en que las mujeres fueron más relegadas, el Espíritu Santo sus-

citó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia”. (Es aconsejable leer la Exhortación del papa Francisco).

LA VOCACIÓN DEL CRISTIANO: LA VIDA EN EL ESPÍRITU

San Pablo dice que debemos caminar en el Espíritu Santo (Gal 4,6-7; 5,16-26). La obra del Espíritu es: configurarnos con Cristo; dejando las obras de la carne para revestirnos de la nueva creatura. Ni la santidad ni la salvación, viene por las obras de la ley, sino por pura gracia, por la fe y el seguimiento de Jesucristo. “Nadie alcanzará la salvación divina por el cumplimiento de la Ley” (Rm 3,20). Es la gracia la que nos santifica y nos salva. (cf. Ep 2,5). Es evidente que, de esta gracia recibida brota la conversión, las obras y los frutos de santidad en el Espíritu como respuesta a su acción santificadora; pero tenemos que tomar conciencia de que lo importante no es lo que la persona hace, sino lo que el Espíritu obra en ella, si le dejamos hacer, si le abrimos el corazón para que Él nos habite. En la medida que nos dejamos conducir por el espíritu, es el Espíritu quien produce en nosotros los frutos de santidad. Las siguientes palabras de Benedicto XVI pueden ayudarnos a comprender mejor qué

es la santidad: “¿Qué es la santidad? La santidad es la unión y configuración con Cristo, un enraizamiento en la gracia bautismal y en el misterio pascual. La santidad no es el fruto del esfuerzo personal, es Dios quien santifica a través de la acción de su Espíritu Santo y el don de la vida en Cristo resucitado”²².

Vivir la propia entrega de manera que el esfuerzo tenga sentido evangélico

El Catecismo de la Iglesia católica tiene un capítulo llamado: “La vocación del hombre: la vida en el Espíritu”. Sí, los cristianos estamos llamados a vivir en el Espíritu, –y todavía más la vida consagrada–, pues el Espíritu Santo habita en nosotros. “¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, y que lo habéis recibido de Dios?” (Gal 6,19). “La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡*Abbá*, Padre! (Gal 4,6). Los místicos de todos los tiempos han dado una gran importancia a la acción del Espíritu, a su acción creadora y santificadora. San Juan de la Cruz cuando habla del “aspirar del aire” está hablando del Espíritu Santo. Toda su vida y sus escritos

son reflejo de esta intimidad amorosa y suave que con mano blanda lo ha ido conduciendo a lo largo de su existencia hacia a la santidad.

La santidad es un camino de vida que no se alcanza de una vez por todas, pues requiere un fuerte deseo renovado cada día, en cada instante, dejándonos santificar y modelar por la acción del Alfarero divino. La santidad es un proceso que nos va perfeccionando y uniendo cada vez más a Cristo, y en Cristo quedamos transformados en la perfecta vasija que Dios ha soñado para su Pueblo Israel, para la Iglesia y para cada uno de sus hijos e hijas. La santidad, siendo personal es también comunitaria. En el camino de la santidad, lo importante es la acogida a la acción del Espi-



ritu Santo y no nuestra propia voluntad. En realidad, este tendría que ser nuestro único “trabajo”, esta nuestra firme colaboración y nuestra respuesta incesante a la llamada a la santidad: un dejarnos modelar por las manos del Alfarero divino, siendo arcilla dócil en sus manos para que Él pueda hacer de nosotros la vasija que más le agrade. El dejarle “hacer”, el “acoger” su gracia, es lo que nos santifica; este es nuestro verdadero esfuerzo.

Es evidente que el Espíritu nunca obra sin nuestra libre colaboración, sin nuestro consentimiento. “Quien te creó sin ti no te salvará sin ti” (san Agustín). Los cristianos sabemos que por el bautismo somos ungidos por el Espíritu Santo y que Él es quien nos santifica. ¡Lejos, pues, de pensar que son nuestros esfuerzos los que nos hacen avanzar en el camino de la santidad! El gran secreto de la santidad es, precisamente, un dejar actuar al Santificador, ¡pues es su misión! Entonces, si es su misión, dejémosle que nos santifique. El Espíritu con su acción, en lo más profundo del alma, la va purificando y transformando. Aquí podemos recordar la imagen tan preciosa y elocuente del madero y del fuego de san Juan de la Cruz. El fuego, entrando en el madero, lo purifica y lo transforma: esta acción es la acción del Espíritu en el alma, llevándola a la unión íntima con su Creador. En este estado la persona solamente tiene que dejarse hacer, abrir su corazón plenamente a esta acción amorosa y delicada del fuego divino que la purifica y la transforma haciéndola una misma cosa

con su Creador, llevándola a la unión transformante.

“Dejarnos modelar, recrear cada día por la acción divina del Espíritu”. Esta nuestra firme colaboración y nuestra respuesta incesante a la llamada a la santidad. En este sentido todo cristiano es “carismático” es decir, el cristiano está llamado a vivir bajo la acción del Espíritu Santo. En la espiritua-

lidad latina no siempre se ha considerado al Espíritu santo como el santificador. Se le ha dejado bastante alejado, aunque hemos de decir que desde hace algunas décadas se va tomando conciencia de la importancia que Él tiene en la vida de todo creyente, en la vida de las comunidades y de la Iglesia. En este sentido es mucho lo que tenemos que aprender de la Iglesia ortodoxa, para quien el Espíritu Santo está muy presente, tanto en sus celebraciones litúrgicas, como en su espiritualidad.

En nuestros días no se comprende el modelo de santidad o espiritualidad presentada en el siglo XIX que tuvo una fuerte influencia, marcada por un ascetismo voluntarista, creyendo que eran nuestras obras las que nos santificaban, ignorando la acción del Espíritu Santo. De esa concepción de la santidad nacieron muchas desviaciones ascéticas y muchas espiritualidades cimentadas en ritos y en devociones, es decir, más en “el hacer” que en “el ser”. La santidad no se logra por el esfuerzo voluntarista, sino por la docilidad al Espíritu. Esta forma de espiritualidad voluntarista, a la larga cansa y seca al alma, porque el ascetismo a fuerza de brazos no es cristiano. En cambio, cuando

El gran secreto de la santidad es dejar actuar al Santificador

se camina bajo la acción del Espíritu, el alma se esponja, se dinamiza y fortalece; con docilidad se deja modelar por “la mano amorosa y delicada que la recrea y enamora”, palabras de san Juan de la Cruz. Esta mano blanda la transforma y unifica en y con Cristo. La identificación y unión con Jesucristo es la meta de la santidad, pues Él, es el Santo por excelencia. Como dirá san Pablo: “ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20).

Para los cristianos, ser y sentirse hijos e hijas amados de Dios, salvados en Jesucristo y guiados por el Espíritu Santo, es algo tan grande y maravilloso que tendría que llenarnos de gozo y de esperanza, llevándonos a responder con entusiasmo y entrega generosa al plan que Dios tiene para todos y cada uno de sus hijos e hijas: que todos seamos santos. “Esta es, de hecho, la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1 Tes 4,3). ¡Cómo no gozarse de tal proyecto de Dios para su creatura! San Juan de la Cruz exclamará: ¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis?³.

LA SANTIDAD, VIDA DESDE UNA DIMENSIÓN COMUNITARIA

Estando todos llamados a la santidad, no debemos vivirla como algo únicamente personal e individual. Si bien es cierto que la santidad es personal, también lo es comunitaria y eclesial. “La santidad es camino que va de mí hacia mi hermano” glosará en su poesía fray Luis de León. Por supuesto que cada uno es único para Dios, y la santificación

también es única y personal. Ahora bien, si estando en comunión con Dios, también estamos en comunión los unos con los otros, y desde esta comunión todos participamos de

la santidad de todos; esta es la comunión de los santos, los vasos comunicantes. De ahí, pues, que podamos hablar de una santidad comunitaria, de una santidad de comunión; porque esta santidad la vivimos no

solamente desde el “yo”, sino también desde el “nosotros”. Es importante vivir la llamada a la santidad desde esta dimensión comunitaria y eclesial. Los cristianos formamos un solo cuerpo en Cristo y todas nuestras acciones tienen una dimensión comunitaria, más todavía, cósmica. Todos aportamos nuestra piedra en la construcción de la Iglesia y de la sociedad. Como decía Pablo VI: “Embellecemos con nuestras vidas nuestra Madre la Iglesia”. Caminar hacia la santidad desde esta dimensión eclesial y comunitaria abre nuevos horizontes y ayuda a salir de nuestros –capillismos individualistas–, para vivir lo comunitario y eclesial.

Chiara Lubich, mujer muy de nuestros días, con una espiritualidad encarnada, metida de lleno en el mundo y viviendo la santidad en la vida concreta y real; deseaba una santidad del “pueblo”. La santidad no solamente la quiso para ella, sino para quienes abrazan su carisma y para todo el Pueblo de Dios. Cito las palabras de María Voce, actual presidenta del Movimiento de Focolares: “Chiara siempre soñó con el día en el que se difundiera la posibilidad de una “santidad del pueblo”. Chiara estaba convencida de que nos hacemos santos haciendo la volun-

Todos aportamos en la construcción de la Iglesia y de la sociedad



tad de Dios y que eso es posible para todas las personas. Por eso su deseo no era tanto el de ser ella santa, como el de que muchas personas entraran en este camino de santidad. Aquí podemos recordar aquellas palabras de Pablo: “Que todos lleguen a la sabiduría, para que todos lleguen a la madurez en su vida con Cristo” (Colosenses, 1, 24-28). ¿Qué es la santidad, sino la sabiduría y la identificación con Cristo, sabiduría y santidad suprema? Este deseo de la santidad del “pueblo”, los consagrados tendríamos que hacerlo nuestro, y desarrollarlo en nuestros ambientes.

Desde el principio de la creación todos hemos sido llamados a ser santos. Y san Pablo nos lo vuelve a recordar en la carta a los Gálatas: “Bendito sea Dios y Padre de nuestro señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto

nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo, para que seamos santos e inmaculados en su presencia por el amor” (Gal 1,3-4). Toda nuestra vida es un largo camino que nos conduce a la unificación del ser, a recobrar la inocencia primera, es decir, a volver al origen de la creación sin mancha ni sobra alguna, a la unión-comunión con Dios y con los hermanos.

Cuando hablamos de santidad no nos referimos únicamente a los santos y santas canonizados, –como bien dice el papa Francisco–, aunque ellos son para nosotros testigos de la acción del Espíritu Santo en sus vidas; sino que nos estamos refiriendo a vivir nuestra exigencia bautismal desde la acción del Espíritu con toda la profundidad que esta acción contiene en cada uno de los bautizados. “No todos poseemos madera de héroe; pero, por la gracia divina, sí tenemos todos madera de santos: es la gracia bautismal, de

la que nos revestimos al recibir el sacramento, la que nos hace hijos de Dios”¹. Y santa Faustina Kowalska dice: “que ninguna alma, ni siquiera la más miserable, dude, mientras siga con vida, de poder ser muy santa”.

En esta sociedad de cambios muy rápidos, adormecida, distraída de lo esencial y un tanto descristianizada; los consagrados estamos llamados a despertarla. Es decir, a ayudarle a vivir su

vocación bautismal: la llamada a la santidad. Los religiosos, debemos dar una respuesta a esta sociedad, en este momento concreto en el que vivimos de crisis y rupturas a todos los niveles; y nuestra respuesta tiene que ser desde el Evangelio, desde el testimonio de vida que interpela y ayuda a descubrir los valores del Reino: “las Bienaventuranzas”. La santidad nos humaniza y diviniza al mismo tiempo. La crisis de nuestro mundo actual, ¿no será la falta de hombres y mujeres que opten, en serio, por una vida de santidad? Y también, por falta de hospitalidad a la gracia del Espíritu que es quien renueva y transforma a las personas. “Si deseamos que el mundo sea mejor y más justo para poder vivir en la paz y comprensión recíproca, la santidad de la vida de cada uno es indispensable”². Quienes caminan en santidad renuevan la Iglesia, las comunidades y la sociedad.

En la historia de la Humanidad, en los momentos más decadentes, siempre han surgido hombres y mujeres de grandes valores que, con el ejemplo de su vida y entrega generosa, han contribuido al cambio de la sociedad y de la Iglesia. Desde esta perspectiva, la llamada a la santidad nos convoca a encarnar en el mundo, tan necesitado de san-

tos, los valores evangélicos. Desde la respuesta a la santidad tenemos la certeza que estamos colaborando con el plan de Dios para la Iglesia y la Humanidad. Desde la santidad de vida, una Iglesia más evangélica, al estilo de Jesús, y un mundo mejor es posible.

Para finalizar quiero hacer referencia a la eucaristía. Ella es el centro y la cumbre de la vida consagrada, de ella y en ella reci-

bimos la gracia santificadora que nos une a Cristo, a su Iglesia y a todos los hermanos en humanidad, la eucaristía es la comunión perfecta que nos conduce a la santidad personal y comunitaria.

Otra realidad es que nuestra vida es un camino de santidad que nos lleva a Dios, a la Nueva Jerusalén, donde viviremos la santidad en plenitud para la gloria de Dios Padre. Porque la santidad no es para gloriarnos en ella. La santidad es para que la gloria del Padre resplandezca en todo su esplendor, ya aquí y ahora, en este mundo, y anuncie la nueva ciudad que nos aguarda: la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, la Ciudad de Dios.

“Que cuando Jesús nuestro Señor vuelva acompañado de sus santos, os presentéis santos e irreprochables ante Dios, nuestro Señor” (1 Tes 3,13). 

1 Cf. LEVÍTICO, 11,44; 1Pedro 1,16; Santiago 1, 4.

2 Miércoles 13 de abril de 2011 (ZENIT.org).

3 Del *Cántico Espiritual*, canción 39,7. p. 805, Obras Completas de san Juan de la Cruz, 7ª edición, B.A. C.

4 JACQUES PHILIPPE, *La Libertad Interior*, Patmos, p. 45.

5 Miércoles 13 de abril de 2011 (ZENIT.org).

La santidad nos humaniza y diviniza al mismo tiempo



Al despuntar el alba (Jn 20,1-18)

DANIELA CANNAVINA

CAPUCHINA DE LA M. RUBATTO. SECRETARIA GENERAL DE LA CLAR

Una mujer, en el primer día de la semana, aún en medio de la oscuridad preñada de luz, se dirigió presurosa a enfrentar la muerte. Nadie se interpuso en el camino, hasta que de repente, la piedra corrida, las vendas en el suelo y un nombre pronunciado, fueron indicadores de nuevos senderos.

El despuntar del alba cobra un fuerte significado en el hoy de la vida religiosa. Anhelamos ver muchas piedras corridas y vendas en el suelo, pero por sobre todo queremos escuchar una voz que confirme nuestras búsquedas y anhelos.

Hoy más que nunca nos habita el deseo imparable de otro estilo de vida. Andamos en la búsqueda de un aire que oxigene nuestros pulmones congregacionales, que aún no respiramos, pero sabemos que existe; deseamos

rastrear la huella de otros caminos aún no andados, pero sabemos que es posible dar con ellos. Esta fue la certeza de vida que animó interiormente a María Magdalena. El lloroso camino hacia la tumba encontró nuevos desafíos: inclinarse hacia la frontera de la muerte (v.11); animarse a poner palabras a sus sentimientos y formular preguntas que puedan generar nuevas luces (v.15); reconocer la sonoridad de la voz amada (v.16); aferrarse a la vida (v.17) y salir de sí para desbordarse en anuncio y buenas noticias (v.18).

Como María Magdalena, precisamos en los amañeres cotidianos, enfrentar nuestra “fe estancada y rutinaria, gastada por toda clase de tópicos y fórmulas vacías de experiencia, buscando una calidad nueva en nuestra relación con Él y en nuestra identificación con su

proyecto” (J.A. Pagola). Esta calidad de vida nueva, regalada por el encuentro con Jesús Resucitado, evitará reducir el cotidiano vivir a un cumplimiento y observancia externa de normas y leyes, que solo sirven para distraernos a la hora de escuchar la “voz” que nos devuelve identidad.

Es tiempo de “dejar ir” nuestros desamores y desencuentros, nuestros silencios de tumba, nuestras mezquindades y luchas de poder en la carrera por quién llega primero, que se antepone al proyecto de vida comunitario que solo busca el bien común. Retomar con paso ligero el camino del primer día de la semana, es apremiante. No en vano el papa Francisco dijo a la vida religiosa: Ustedes “son el amanecer perenne de la Iglesia. Les deseo que reaviven hoy mismo el encuentro con Jesús”. ¡Hagamos que suceda!



Mañana necesita un ayer agradecido

Francisco Javier Caballero, CSsR

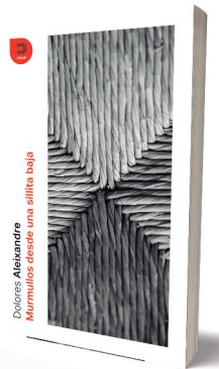
Este tiempo nuestro necesita biografías; testimonios en qué apoyarse. Itinerarios biográficos de normalidad que posibiliten el compromiso cristiano en la vida, en la verdad y en las relaciones donde se crece y configura la fe. Si además esa biografía es de alguien que vive y ha vivido con hondura, la lección está asegurada y la utilidad también. Eso sí, como incide nuestro libro del mes, conviene que la mirada y relectura de la realidad sea desde «una sillita baja» porque la tentación, la gran tentación es la superioridad.

Presentamos este mes un libro de una colaboradora habitual de nuestra revista, Dolores Aleixandre. En *Murmullos desde una sillita baja* encontramos la configuración de un relato que mezcla lo biográfico, histórico y eclesial, una narración de alguien que mira al pasado con realismo y gratitud de forma reconcilia-

da, poniendo nombre y también –lo que más se agradece– tirando de sentido del humor, tan característico de la autora.

Dolores Aleixandre utiliza el símbolo de la sillita baja como un lugar privilegiado para contemplar la realidad, casi a ras de suelo, como ella misma dice: “Es un buen lugar que me ha ayudado a mantenerme en mi sitio; me ha facilitado no separarme mucho del suelo de lo cotidiano y me ha per-

mitido oír mejor a los que, como yo, tienen poca voz”. Su visión, su forma de entender la vida religiosa, de leer los acontecimientos políticos, sociales y eclesiales que le tocaron vivir, sus años de docencia, su forma de hacer teología responde a una visión llena de sentido, de amor y honestidad. Analiza los cambios sociales –desde la Guerra Civil hasta la actualidad– y eclesiales –desde el Concilio Vaticano II hasta el papa Francisco– y cómo estos han transformado y moldeado su vida de forma completa. Podríamos decir que sus palabras son las de una analista de la realidad, las de una observadora sociológica, las de una creyente nada ingenua... que nos devuelven una mirada creyente sobre lo que nos ha pasado en estos últimos años y que, también, nos puede dar pistas sobre lo que nos puede pasar en años venideros.



DOLORES ALEIXANDRE,
MURMULLOS DESDE UNA SILLITA BAJA,
KHAE, MADRID 2021, 100 pp



Calidad en
todos los sentidos



Desde contar con personal especializado de demostrada experiencia, la máxima calidad de los productos, y el más exigente control higiénico-sanitario, hasta la mejor relación calidad-precio y el más eficaz servicio de atención al cliente. Todo un mundo de ventajas a su disposición. Consúltenos.

www.alcesa.es - Tel. 914 398 062 - comercial@alcesa.es



Reconocidos por
nuestra inversión
sostenible y responsable

En CaixaBank, a través de VidaCaixa y CaixaBank Asset Management, integramos criterios sociales, ambientales y de buen gobierno en nuestras decisiones de inversión. Por eso, nuestros planes de pensiones y fondos de inversión han sido reconocidos con una A+ por los Principios de Inversión Responsable.

Banca socialmente responsable

